

en este género de vida. Y que un estudio más profundo del tema, y particularmente de los puntos de reunión de los salvajes,²⁷ podría conducir al esclarecimiento de los petroglifos y pinturas rupestres del noreste de México.

Para la elaboración de este artículo fueron consultados, además, cuatro voluminosos legajos con la documentación sobre las incursiones, facilitada por el gobierno de Nuevo León a la Comisión Pesquisidora, y que se encuentran en el Archivo General del Estado, en Monterrey, Año 1873, Legajos 28, 29, 30 y 31. En el Legajo 27, Carpetas 1 y 11, se hallan los documentos relacionados a los *kickapoo*s, así como numerosas noticias sobre incursiones.

²⁷ Los itinerarios de los indios en sus incursiones, pueden verse en el Mapa del Estado de Nuevo León, del coronel de ingenieros Santiago Nigra de San Martín, 1853; (Engraved by Sardney & Major, New York). La Comisión Pesquisidora publica también en sus informes otro mapa hecho en 1873 en Monterrey por FRANCISCO L. MIER.

RETABLO DE LA CALLE JUÁREZ

JOSÉ P. SALDAÑA
Monterrey, N. L.

SI DE PRONTO SE ME PREGUNTARA qué calle de las de Monterrey es la de mayor tradición histórica y merece en tal aspecto la primacía, seguramente que me encontraría en situación embarazosa para contestar.

Surgirían a mi memoria de inmediato los nombres de las calles de Hidalgo, de Morelos, Padre Mier, Zaragoza, Escobedo, y, claro, de Juárez. Con ello la contestación sería un tanto acomodaticia, y diría, por ser materia de este artículo, que la calle de Juárez es una de las que contienen mayores motivos de especial consideración, y consiguientemente debe tomarse en cuenta como una de las de mayor sabor histórico.

Pero habrá quien pregunte: ¿Merece una calle que se le tome en cuenta hasta el grado de admirarla, tenerle cariño y hasta amor? Sí, contestaría yo de inmediato. Como se quiere, conserva y cuida una joya, un abanico, un libro, una cosa cualquiera que reúna condiciones tales, que nos haga recordar algún incidente importante de nuestra vida.

Las calles son el canavá en que se va, día a día, tejiendo la vida del pueblo. Son ellas la vía en que transita la alegría y el dolor, la fiesta y la tragedia, la esperanza y la desilusión, la juventud y la vejez, el hoy, el ayer y el mañana. Son ellas el testimonio petrificado; pero viviente de todo lo que sucede, de todo lo que, a veces trivial, significa con el tiempo una referencia útil, un recuerdo sentimental, o un punto de partida histórico.

Son las calles un tesoro de inestimable valor que necesitan, si, del artifice que las descubra, que las saque de su sueño, que las coloque en el lugar propio a la admiración. Ahí tenemos la hermosa obra *Por la Vieja Calzada de Tlacopan*, escrita magistralmente por el inolvidable Cronista don Artemio de Valle Arizpe. Y están a nuestro alcance los relatos amables de las *Calles de México*, del historiador don Luis González Obregón. Son ellos, con otros, que con exquisito arte le han dado vida palpable a las viejas casonas, que hablan

de la Colonia, a las costumbres antiguas que tuvieron como teatro de acción diaria las calles y las plazas. Ellos han revivido las consejas, las peripecias de la humanidad de otras épocas, las páginas de historia que se grabaron en las baldosas, en las fachadas de las casas, y en las rejas de las ventanas.

Si pudieran las calles hablar cuántas y cuántas cosas sabríamos de inestimable valor. Nos dirían de los pasos precipitados de juventudes inquietas, anhelosas de un nuevo sistema de vida; de las vacilantes pisadas de los viejos; del trajinar de los hombres que buscan afanosamente construir su propio porvenir; de inquietos políticos inconformes con todo y con todos; de visionarios que ven en el mañana la redención de todos nuestros males. . .

¡Cuánto más nos dirían las calles! De los amores nacidos en el tránsito ordinario; de lo efímero de cuanto se desea, se posee y al fin se pierde; de las ambiciones; de las claudicaciones; de los pasos perdidos de los que no se sabe qué buscan; de los que huyen de sus propios errores o crímenes; de los que van presurosos a prestar una urgente ayuda; de los que caminan hacia adelante y retroceden por cansancio o decepción; de los que pisan con firmeza porque saben a dónde van; de los que triunfan y de los derrotados. Saben las calles, y no pueden por sí mismas decirlo, todo cuanto hay en el ser humano de bueno y de malo, de virtuoso y de perverso, de altivo y de abyecto. Todo lo saben porque sobre ellas han discurrido las generaciones una a una.

¿Por qué este discurso? Cosa sencilla, porque quiero hablar de la calle Juárez. Quiero evocar algo de lo que sé de ella, por lo que he oído y por lo que he visto. Algo tengo que decir y quiero decirlo.

Mi cariño por esta calle me dará fuerzas para pergeñar una crónica amable, que nos sirva de entretenimiento a la vez que para marcar la categoría que le corresponde, sin menoscabo de otras calles también merecedoras de nuestra atención y especial estima. Por ahora hagamos una rápida excursión por esta Calle Juárez.

A fines del año de 1905, el Gobierno Federal, a cuyo frente se encontraba el General don Porfirio Díaz, emprendió una intensa campaña con el objeto de enaltecer la memoria de don Benito Juárez.

La propaganda que se organizó con ese motivo se extendió a todo el país, a través de los Gobernadores de los Estados, quienes a su vez difundieron la idea por todos los medios a su alcance, instruyendo en debida forma a los Presidentes Municipales.

Cabría decir, juzgando por los acontecimientos históricos no muy lejanos en aquel entonces, que el General Díaz sentía, allá en su interior, un profun-

do remordimiento con motivo de sus actitudes rebeldes en contra de don Benito, que habían surgido, según él, por las violaciones al Sufragio Efectivo. Y para calmar aquellas recónditas sensaciones de su espíritu, acometió la tarea de formar un homenaje, de carácter nacional, al cumplir don Benito Juárez el 21 de marzo de 1906, el Centenario de su Nacimiento.

En reciente artículo el Lic. Alfonso Cavazos expresa: "En términos generales, el remordimiento es una sanción, sanción interior, como todas las penas del tipo ético. Es como un reproche de nuestra conciencia, es el juez implacable y sutil (duendecillo) que nos pide cuentas de nuestros actos cuando quebrantan un principio ético". Seguramente que esta era la situación animica del General Díaz, cuando, transcurridos ya más de 30 años del fallecimiento de Juárez, y habiéndose formado una aureola popular a su memoria, sintió ese "duendecillo" que le gritaba en su interior, las fallas que había cometido. Como soldado republicano combatió a los invasores franceses, bajo la bandera legalista empuñada por Juárez, distinguiéndose en grado heroico; pero después, en el plano político, se había enfrentado a don Benito, llegando hasta la revolución.

Con tales antecedentes puede inferirse que hubo de parte del General Díaz una especie de confesión pública, para rehabilitarse de todo cuanto pudiera significar menoscabo a la lealtad que debía al hombre que había salvado al país de la dominación extranjera.

Para el general don Bernardo Reyes, Gobernador del Estado de Nuevo León, se presentaba la oportunidad de hacer patente demostración de su fervor hacia don Benito Juárez y acogió con entusiasmo el proyecto emanado del Primer Magistrado de la República. Al efecto, organizó un comité que tomó a su cargo todo cuanto se relacionaba con los festejos que habrían de llevarse al cabo.

Una bien organizada publicidad encendió el entusiasmo popular. Como números centrales se programó un desfile por las principales calles de la ciudad; la colocación de la primera piedra del monumento al Benemérito en la Plaza del 5 de mayo; fijar una placa en la calle que llevaría en lo futuro el nombre de Juárez; y una velada literario-musical en el Teatro Juárez. Para el mayor realce de tales eventos fueron invitados los intelectuales de más nombradía del Estado.

Entre ellos podemos citar a los señores Lic. don Enrique Gorostieta, Lic. don Virgilio Garza, Lic. don Rafael Dávila, Lic. don Rafael Lozano Saldaña, don Celedonio Junco de la Vega, don Manuel Barrero Argüelles, Lic. don Carlos F. Ayala, Lic. don Bartolo Ramírez Anguiano, y los poetas, que sin ser de Nuevo León, residieron en Monterrey algún tiempo y cultivaron muchas amistades, don Juan B. Delgado y don Manuel José Othón.

Para el General Reyes aquellos acontecimientos significaron un especial motivo para destacarse como hombre de acción y de letras. Escribió lo que él mismo tituló: *Rasgos Biográficos del Ilustre Mexicano Benemérito de la Patria Benito Juárez*, que, publicado en la prensa y en folletos se repartió profusamente en todo el Estado, aparte del discurso que pronunció en la velada efectuada en el teatro Juárez.

Pero para nuestro propósito nos detendremos en el punto del bautizo de la calle del Roble y al efecto, del programa de festejos copiamos lo siguiente:

"IV. A la misma hora de las 9:30 de la mañana se situará a espaldas del Palacio Municipal, una Sección de Caballería del Cuerpo de Rurales de la Federación, una música militar, los carruajes necesarios para recibir a los miembros de la Delegación Nuevoleonense y del H. Ayuntamiento, presididos por el Alcalde lo. y una Compañía de Infantería del 23 Batallón, para, con solemnidad de bando fijar dos lápidas conmemorativas en casas en que habitó en ésta, el Ciudadano Benito Juárez, en 1864 y otra que dará el nombre del ilustre Ciudadano a la calle conocida hasta hoy con la denominación del 'Roble'; comitiva y fuerzas que se disolverán una vez verificado lo expuesto, a la indicación del Alcalde lo."

Las casas de referencia, que habitó don Benito Juárez durante su estancia en Monterrey en 1864, fueron las que existieron en la esquina Noroeste de Morelos y Escobedo, y en la esquina Noroeste de Padre Mier y Galeana. A partir de entonces, la calle del Roble, que también llevó el nombre del Nogal y de la Ciudadela es ahora la de Juárez, de cuya tradición y situación especial del momento me estoy ocupando.

En el año de 1942 publiqué el libro *Estampas Antiguas de Monterrey*, que contiene la crónica o narración de cada una de las principales calles de Monterrey. Tal vez sería más propio decir de las más antiguas, ya que han surgido nuevas calles cuya importancia comercial o residencial reclama un lugar preferente en la historia.

Pues bien, en este libro, que tanto quiero, porque es producto de un sincero e ingenuo impulso, más que de un ensayo literario, aparece la Calle Juárez tal como yo la comprendía entonces.

Durante el transcurso de más de 20 años se han operado sensibles transformaciones, al grado de que nuestra calle ha sido de tal forma cambiada

que no sería posible reconocerla por quien, ausente de la Ciudad durante ese tiempo, de pronto se encontrase en la esquina de Juárez con Morelos, o con Padre Mier.

La anchura, a más del doble sería la primera sorpresa, y después la sustitución de los edificios, que acallaría cualquier impulso emotivo por el recuerdo de tiempos idos.

Para establecer el contraste reproduzco la primera parte de la narración sobre la Calle Juárez:

"Atraviesa la Ciudad esta importante calle de Sur a Norte. Principia en la margen del río de Santa Catarina y termina en la Colonia Matheualita, teniendo como remate la vía del ferrocarril. Algo más de dos kilómetros comprende su extensión."

El Obispo don Andrés Ambrosio de Llanos y Valdés trazó la calle, que bautizó con el nombre de 'El Roble' en honor de la Virgen que tiene su templo por esta misma calle y 15 de Mayo. Corría el año de 1794 y el activo Obispo de Llanos y Valdés se proponía erigir la nueva Catedral al Norte de la ciudad y la calle nueva precisamente llegaba al lugar en que se había planificado."

Con motivo de la colocación de la primera piedra para la erección de la Santa Iglesia Catedral, el Obispo hizo especial invitación al señor Gobernador don Simón de Herrera y Leyva, y al Ayuntamiento de la ciudad para que asistieran a la función que tendría lugar el miércoles 26 de noviembre de 1794, función que tuvo las características de los grandes acontecimientos."

En 1848, pasados 50 años de abrirse la calle, el Ayuntamiento de la Ciudad dispuso que ésta fuese prolongada, de la Plazuela de la Carne, hoy Mercado Colón, hacia el río de Santa Catarina. De esta manera llegó a su máxima longitud por el Sur, y años después fue agrandándose hacia el Norte hasta adquirir su actual dimensión."

De importancia comercial innegable es la calle Juárez, cuyos nombres sucesivos han sido del Roble, del Nogal, de la Ciudadela, y de 1906 en adelante, Juárez."

Al trazarse la calle fue necesario construir un puente entre las actuales calles de Allende y 15 de Mayo, para salvar el arroyo que conducía agua de los Ojos de Santa Lucía, puente que se le denominó de Nuestra Señora de Guadalupe."

En 1841 los vecinos del barrio del Roble solicitaron del Ayuntamiento que el puente de Morelos, en lo sucesivo se llamara puente de Santa María del Roble y se colocara en una pilastra su imagen. La comi-

sión de ornato que dictaminó sobre el asunto expuso: "que no hay dificultad alguna en que se conceda a los vecinos la pilastra y colocar en ella la imagen de Nuestra Señora del Roble en el puente situado en el callejón de Santa Lucía, por ser éste el que precisamente está más en contacto con el templo de dicha imagen y porque en concepto de la misma comisión no parece conveniente que desaparezca un monumento público como lo es el puente de Morelos erigido en memoria de los patrióticos servicios que prestó en la sagrada causa de la Independencia el héroe de este nombre". No se tienen noticias de que los vecinos hayan llevado a cabo su proyecto.

Desde tiempos remotos la calle de Juárez ha sido asiento de muy diversas comercios, que le han dado un aspecto pintoresco.

El tramo comprendido entre el Mercado Colón y el río de Santa Catarina, siempre estuvo dedicado al comercio en sus más variadas formas. Carnicerías, fondas, hojalaterías, sastrerías, cantinas, zapaterías y en fin, un abigarramiento de todo lo que constituye el comercio de menudeo".

¿A qué se debe la primacía de esta calle en el tránsito de personas a pie? ¿Existe algún atractivo especial? ¿Son sus banquetas más amplias? ¿Cuál es la razón de esa preferencia?

Damos por un hecho que ninguna otra calle de Monterrey tiene un tránsito igual. A ciertas horas tal vez la calle del Padre Mier, de Zaragoza a Juárez, ofrezca semejante panorama, por el movimiento provocado por los autobuses. Cuestión circunstancial. En cambio Juárez, sin ese requerimiento, ofrece mayor movilidad de gentes.

No se trata de un fenómeno nuevo. Desde principios del siglo se distinguió esta calle por su especial movimiento. Tránsito normal abundante todos los días, y extraordinario por desfiles políticos, sociales o de circos.

Esto último ha cambiado a partir de la ampliación de la avenida Pino Suárez, por donde ahora pasan los desfiles.

Quando veo la indiferencia de los albañiles encaramados en lo alto de las paredes, al lanzar al vacío uno a uno los sillares, siento tristeza.

Ellos destruyen porque su trabajo así lo exige, sin pensar en que están borrando de la fisonomía de la Ciudad, una fase característica de épocas, que poco a poco, van desapareciendo.

Fue primero la cuadra entre P. Mier y Morelos, después la de Morelos, hasta el nivel que ocupara el Puente de San Luisito, mas luego de P. Mier a

Matamoros, para continuar de 15 de Mayo a 5 de Mayo, y en los días que corren —julio de 1963— de Allende a 15 de Mayo.

Edificios de diez y más pisos, de sólidos materiales —concreto, ladrillo, hierro— substituyen a las casas de uno y dos pisos edificadas con los sillares extraídos de las lomas cercanas, con techos de vigas y tablas de madera cubiertos con "tepechil", a prueba de goteras.

Esos edificios, unidos unos a otros, formaban una valla rectilínea, que amparaba a los habitantes de los rigores del frío y del calor. Sello peculiar de las paredes gruesas de sillar renuentes a transmitir las variaciones de la temperatura por más extremosa que sea.

Costumbre heredada de los españoles que conquistaron estas tierras. Pudieron utilizar las canteras de piedra, abundantes y cercanas; pero no ofrecían el "confort", como diríamos ahora, de las paredes de sillar.

Todos los edificios de los primeros tiempos de Monterrey, que han sido respetados por el hombre, muestran su bondad, con la sencillez de lo eterno. Parece como que el tiempo, respetuosamente, se detiene ante ellos.

Y es aquí, en esta Calle Juárez, en donde se ha puesto la nota conmovedora de la destrucción más espectacular, de lo que fue por siglos, comodidad y buen gusto, para obedecer el imperativo de los tiempos modernos.

Habría que reconstruir mentalmente la configuración física del Río de Santa Catarina frente a la Calle Juárez.

Hasta 1909 la margen norte del río llegaba a lo que es hoy calle de Humboldt, es decir, 100 metros más allá de la calle de Hidalgo.

La comunicación con la Colonia Independencia, entonces San Luisito, se hacía mediante un puente construido en 1891 por la Empresa de Tranvías de Oriente a Sur. Los tranvías de mulitas, que hacían el recorrido desde la Estación del Golfo, ya desaparecida, seguían las calles de Zuazua, Washington, 15 de Mayo, Matamoros, Cuauhtémoc, Hidalgo y Juárez, pasando airoosamente sobre el puente, para internarse en la barriada de San Luisito, por las calles de Constitución y Jalisco hasta el templo de Guadalupe.

Los propietarios de los tranvías eran los señores don Pánfilo García, don Crescencio de Arce y don Ramón N. Sepúlveda, a quienes se les conocía como los empresarios de a cuartilla, en atención a que el pasaje costaba precisamente tres centavos.

El puente se lo llevó la creciente del río en el año de 1895, dándose de inmediato los pasos necesarios para edificar otro, que significó un adelanto

en la técnica de la construcción, pues se empleó además de madera, vigas y cables de hierro, ya que se trataba de un puente colgante.

Era más amplio que el anterior, más resistente, con casetas a los lados ocupadas por comerciantes, pero fue destruido por el fuego al finalizar el siglo pasado.

Viene entonces la construcción de un tercer puente, con las características de los nuevos procedimientos que imponían el uso del concreto armado. La concesión la obtuvieron los señores Ing. Genaro Dávila y don Fortunato V. Villarreal, disfrutando de exención de impuestos por el término de 50 años, al cabo de los cuales quedaría en beneficio del Ayuntamiento. La inversión total fue de \$ 60,000.00, siendo inaugurado el 5 de enero de 1905.

En la construcción se hizo alarde de consistencia, usándose el hierro y el concreto en forma abundante. Hubo manera de comprobar esto, en forma que no dejó duda alguna, durante la inundación que sufrió la ciudad los días 27 y 28 de agosto de 1909.

Por supuesto que esa resistencia enorme del puente, dio lugar a que se formara una represa originando el desbordamiento de las aguas y consecuentemente, que la devastación fuese de mayores proporciones, pues bien es sabido que esa inundación costó a Monterrey varios millones de pesos. Pero lo más sensible fue que perecieron entre 5 y 6,000 personas.

Quedó casi íntegro el puente suspendido en el río, a más de 200 metros de la ribera sur. La creciente había ampliado el cauce en esa fantástica proporción. En cuanto al tránsito de peatones, se requería de escalerillas para bajar al lecho del río y subir después a tierra firme de la colonia Independencia.

Los comerciantes que ocupaban las casetas del puente, pasada la tragedia, continuaron en sus actividades, y en poco tiempo olvidaron las pérdidas; contentos estaban de no haber naufragado en las encrespadas aguas de la creciente.

Fuera del puente, al norte se enfilaban los comercios en la calle hasta Hidalgo, dejando una simple vereda en medio, dificultándose el tránsito aún por las banquetas. Había de todo: frutas, legumbres, dulces, jarros y cazuelas, ropa, maíz, frijol, enchiladas, tamales, menudo, fierros viejos y cuanto pueda imaginarse de chucherías. Era un hacinamiento increíble, apenas cubierto por techos de lonas, y por supuesto, las mercancías se exhibían en mesas desvenecijadas, y en el suelo, sobre petates o esteras de dudosa limpieza.

A cada lado de la calle, los comerciantes establecidos en las casas hacían la competencia a los puesteros, con ausencia notoria de orden y buen gusto. Bultos de maíz y frijol en las puertas. En el mostrador balanzas de dudoso fiel, obedientes a las triquiñuelas del abarrotero.

El almacén, cuadrulado por los casilleros, lleno de polvo y telarañas, mos-

traba botellas de vinos, vasos de vidrio y de peltre, paquetes de azúcar, café, garbanzo y demás menudencias.

Colgando de ganchos: tazas, cacerolas, lámparas de petróleo, bacines, velas de cebo y estearina, trompos, mecates, sombreros de palma, espuelas, imitando a las de Amozoc, cuartas de cuero, y qué sé yo cuántas cosas más.

Vino la canalización del río, la ribera norte avanzó más allá del puente aproximadamente 100 metros y éste quedó dentro de los terraplenes.

Trabajo para las autoridades y grande, fue lograr que los inquilinos del puente lo abandonaran, ya que habían constituido su forma de vida en él y seguramente no les había ido mal que digamos. Sin embargo, el progreso demandaba acabar con aquella feria continua de vulgaridades.

Como dato histórico, que no deja de impresionar el espíritu, por cuanto confirma lo transitorio de las obras humanas, transcribo el comentario que hizo *El Norte*, con fecha 16 de febrero de 1955:

"Después de varias décadas de vida, el anacrónico y mal situado mercado de 'San Luisito' empezó a sentir, ayer, la acción demoledora de las barras y las picas.

Algunos de los comerciantes que durante muchos años se cobijaron a la sombra del vetusto jacalón, dejando escuchar sus pregones entre la generalmente nutrida concurrencia, trataron de aferrarse hasta el último momento a los beneficios correspondientes y, tras de agotar las solicitudes para que al menos se les dejase allí dos o tres meses más, se avalanzaron a solicitar amparo contra actos de la Autoridad Municipal, sin embargo, todo lo hicieron en forma torcida, defectuosa, pues mucho antes, hace 15 días, firmaron con el Municipio un convenio mediante el cual la autoridad les prorrogaba el plazo de desaloje precisamente en 15 días más respecto de una fecha fijada con anterioridad, a cambio, todos ellos se comprometieron a salir del mercado precisamente para el día 15 de febrero (ayer) a más tardar. Por otra parte, los pocos comerciantes que trataron de ampararse llevaron a las autoridades competentes la solicitud en forma tardía, esto es, cuando ya personal de Limpia y Transportes y de otras dependencias municipales estaba dando barrazos a las viejas paredes, por lo que todo hace suponer que la orden de la Presidencia Municipal será cumplida al pie de la letra: desaloje pleno de locatarios en forma inmediata y demolición del edificio que fuera fincado sobre el macizo puente de San Luisito, una de las primeras obras hechas en nuestra ciudad con hierro y concreto, construida en 1905 por el Ing. Bernardo Reyes, hijo del entonces Gobernador del Estado Gral. Bernardo Reyes".

La piqueta no entiende de sentimentalismos y emprendió la obra demole-dora, diríase que con fruición. Dos intereses convergían opuestamente: el de los locatarios, que veían derrumbarse la fuente de su trabajo —acumulación de esfuerzos y ahorros por 20 años o más— y el de la sociedad, que demandaba limpiar de estorbos, lo que habría de ser amplia avenida, y dominio definitivo del río sobre su amenaza permanente.

Fueron cayendo techos y paredes, armazones y mostradores, hasta quedar solamente columnas de concreto enterradas, quizás para siempre, en los terraplenes que formaron los macizos ganados al río, que en esa zona alcanzaron más de 100 metros de ancho, es decir de norte a sur.

Con esto quedó cerrada una época larga, de típico sabor popular, en donde se mezclaba el pregón suave de las mujeres, con el ronco y rispido de gargantas hechas al fregar de aguardientes y mezcales con alma de alcohol.

Y sobre tan tajante algarabía, alguna orquesta desafinada, trataba de imponer las notas desmayadas de la canción en voga. Pero se perdía el esfuerzo bienhechor ante los imperativos de la lucha por la vida, que acicateaba el regateo entre vendedor y comprador.

Al fin se impuso la fuerza de la época. ¡El Rey ha muerto! ¡Viva el Rey! es la consigna eterna. Lo que acaba, a la tumba, y lo que nace a darle forma y vida.

Desaparecieron también los puestos de la calle dejando todo preparado para la ampliación que se llevó al cabo, de manera que aquellas casas ruinosas y figones de mal agüero, quedaron vencidos para dar lugar a muchas construcciones que hoy ofrecen el espectáculo de edificios limpios, siguiendo la tradición de tiendas populares.

El tramo de la calle entre Hidalgo y Morelos era tal vez el más estrecho, apenas si de paramento a paramento se contaban 8 metros.

Durante algunas temporadas sufría la invasión de puestos semifijos. Se les desalojaba por las autoridades; pero en la primera oportunidad volvían a plantarse, a pesar de las protestas de los comerciantes establecidos.

En la esquina con Hidalgo, durante muchos años, existió un tendajón, de nombre "El Toro", que vendía desde calabazas y piloncillos, hasta zapatos y medicinas. Posteriormente cambió el ramo a ropa barata, que se exhibía colgada en los marcos de las puertas.

Seguían comercios de poca categoría hasta la esquina que ocupó durante largos años el montepío "La Montaña de Piedad", fundado por don José María Elizondo, quien lo traspasó a principio de este siglo a don Jesús y don Al-

fredo Pérez, clausurándose el negocio cuando don Alfredo inició sus actividades políticas por el año de 1911.

Años más tarde sufrió la cuadra una notable transformación al establecerse en ese lugar la empresa Provedora del Hogar, conocida por "P.H.". Este establecimiento ocupó toda la cuadra por Juárez, y al ampliarse la calle perdió edificios y terreno en proporciones muy estimables.

Ya en la nueva alineación se levantó un edificio por la Compañía filial Financiera del Norte, S. A., arteria económica del grupo del vidrio, cuyo eje motor lo constituye la Vidriera Monterrey.

Esta empresa financiera ha logrado, en el transcurso de 25 años, aumentar sus actividades al grado de que, habiendo iniciado sus operaciones con un capital social de trescientos mil pesos, se ha elevado a la respetable cantidad de setenta y cinco millones de pesos.

Pues bien esta Institución ha contribuido a la belleza urbanística de Monterrey, con un edificio sobrio, elegante, funcional, que aumenta el atractivo de la vista panorámica de ese sector.

Consta de un cuerpo de 3 pisos y una torre de 8. Se asienta en un terreno de 1,055 metros cuadrados, que limitan las calles de Juárez, Hidalgo y Morelos.

Los primeros tres pisos sirven a Provedora del Hogar; los cinco siguientes a Financiera del Norte; y el resto a Almacenadora del Norte, Industria del Alcalí, y Fomento de Industria y Comercio.

La siguiente cuadra está llena de reminiscencias que trascienden a épocas lejanas, porque fue a fines del siglo pasado y lo que va del presente, un centro comercial de primera categoría.

En la esquina noroeste de Morelos y Juárez durante muchos años disfrutó el comercio de abarrotes al medio mayoreo y menudeo una tienda llamada "Las Palomas", propiedad de don Timoteo Lozano, quien allá por 1896 la traspasó a don Joaquín García. Por su parte don Joaquín García bautizó el comercio con el nombre de "El Puerto de Matamoros", dirigiendo el negocio con gran éxito hasta 1906; a su vez lo vendió a don Francisco Armendáiz, quien organizó una compañía quedando al frente de la misma don Emilio Ballí, hombre de amplios recursos, de simpatía, de don de gentes y de grandes alcances comerciales.

Pared de por medio don Manuel Guajardo, comerciante de arrestos, estableció la cantina "La Zacatecana" que pocos años después transformó en abarrotera de gran prestigio y popularidad.

Segula aumentando el movimiento comercial y don Andrés Galindo, que

en 1875 había establecido un comercio de miscelánea, por incontables años estuvo en actividad en una casa vecina con la particularidad de que para él el dinero no era cosa de gran atractivo y consecuentemente, importándole más que todo la actividad comercial, tenía especial predilección por hacer operaciones al trueque. Lo interesante era que ningún cliente se fuese sin llevar y dejar algo.

Más adelante se estableció otro comercio de abarrotes denominado "La Concha" fundado por don Primitivo González en el año de 1880 y por los 90 fue a parar a manos de don Blas Cantú, quien a su vez lo traspasó a los señores Fernández García, hermanos activos y dinámicos, quienes por último en 1897 pasaron activo y pasivo a don Lorenzo Guerra, quien introdujo novedades que mucho alentaron al comercio de ese lugar. Entre otras de sus ocurrencias se destacaba la quema de diablos el Sábado de Gloria, que reunía a centenares de personas ávidas de contemplar la pirotecnia, el estampido de los cohetes y, lo más importante, la lluvia de dulces encerrados en las panzas enormes de los diablos y la distribución directa que desde la azotea del edificio hacía personalmente don Lorenzo con la ayuda de sus dependientes.

Volaban por el espacio latas de sardina, salmón, paquetes de jabón, de sal, de frijol, etc., etc. Estos acontecimientos de sabor esencialmente popular le dieron gran prestigio a "La Concha" y algo alcanzaron también sus vecinos.

Seguía por orden de ubicación la panadería "La Bola", una de las más antiguas de Monterrey, bien manejada por su propietario don Francisco Roel, que mantuvo su actividad durante más de treinta años. Llegando a la esquina existía un comercio "La Fama", sucursal de una fábrica de cigarros de San Luis Potosí que se transformó andando el tiempo en el Montepío "La Rueda de la Fortuna", propiedad de don Vicente Ferriño. La veleidosa fortuna a veces sonrió al señor Ferriño y otras le volvió la espalda. Fue minero y comerciante en bienes raíces, supo de todo y como los gladiadores cayó en la lucha.

Pero esta esquina que estuvo impregnada de quejas, lamentos y regateos por aquello de los empeños, sufrió una transformación de grandes alcances. Don Guillermo Zambrano, Capitán Segundo en el mundo de los negocios, porque el primero de la dinastía lo fue su hermano mayor don Lorenzo, construyó un edificio bello, elegante y funcional.

Se titula "El Roble", así bautizado en homenaje al primitivo nombre que llevó la calle, nombre que adquiría del Templo del Roble. Fue inaugurado el edificio el 25 de febrero de 1959. Consta de sótano y diez pisos, con aire acondicionado, empleándose en su construcción fierro, concreto, mármol y abundancia de vidrio. El Arquitecto responsable don Marcelo Zambrano unió a la solidez del edificio detalles de belleza, que hacen del edificio algo con personalidad propia.

Para las minucias de la historia, que suelen adquirir especial categoría, dejo consignado que la planta baja, hacia la esquina, la ocupan los Almacenes García —ropa y géneros— con auténtico sabor popular "a raja-tablas". Hacia el sur se instaló la Biblioteca Franklin y en seguida la tienda "Telas Monterrey". El resto lo ocupan numerosos despachos, significándose por su especial categoría el Consulado Norteamericano, que dispone de algo más de dos pisos.

Sigue un edificio de agradable aspecto de tres pisos, que lleva el título de "Edificio Martínez". La planta baja la ocupa casi en toda su totalidad el Banco Comercial de Monterrey dejando un espacio a la empresa Windsor, S. A., distribuidora de relojes.

Por último, un edificio de dos pisos, de tipo modernista presenta un extenso letrero que dice: "La Puntada", Fuente de Sodas, en donde se reúnen quienes buscan, a pretexto de un tonificante, refresco o café.

Completa el panorama bello y alegre de esta calle la anchurosa Avenida, que en ese lugar adquiere mayor amplitud, y en frente los monumentales edificios, que en dos cuerpos, forman el Condominio Monterrey. Fuertes, elegantes, imponentes. Se asientan en el predio en que, por muchos años, estuvo el Mercado Colón, del que en alguna otra ocasión he de ocuparme.

Los rascacielos, las empresas de gran categoría, las oficinas santuosas y el ambiente de gran actividad que se respira en este sector apabullan, diríamos, aquellas modestas casas comerciales que fueron colmenar de actividades en tiempos que ya van siendo lejanos; pero el espíritu de aquellos tiempos de amistades abiertas y de costumbres sencillas, seguirán imperturbables en el recuerdo, en la historia, la leyenda y la anécdota.

Procede caminar hacia el norte, entendidos que la ampliación de la calle Juárez correspondió exclusivamente a los edificios del poniente, con excepción del tramo vecino al puente que también sufrió amputaciones del lado oriente.

Volviendo a los primeros años del siglo, nos encontramos con una serie de pequeños negocios entre los que destacaba la peluquería "La Borla de Oro", de abigarrada clientela, en donde se asistía al ceremonial del corte del pelo y afeitado de la barba, con respeto absoluto al bigote, y además se era parte auditiva de la charla pintoresca e incisiva de los peluqueros. Le seguía a este establecimiento una famosa hojalatería, y más adelante un comercio de Alfarería de don Sebastián Leal, para continuar con la librería de don Espiridión G. Vallejo, hombre de férrea contextura a pesar de su escasa estatura, pero en cambio mostraba la cabeza redonda con pelo negro a los 80 años, siempre afable, con los anteojos cabalgando sobre la achatada nariz, buscando

afanosamente los libros, reglas, cuadernos y cuanto necesitaban los muchachos que a grito abierto pedían se les atendiera de inmediato. Era don Espiridión un Mutualista de hueso colorado, que actuó en las filas del Gran Círculo de Obreros durante más de 30 años. Hijo de él es el Lic. D. José Juan Vallejo, "Vallejito", como se le nombra en todas partes, lo mismo en las aulas de la Escuela de Leyes, en donde por más de 50 años ha sido maestro, como en las sociedades Mutualistas que le han otorgado el honroso título de "Bene-mérito del Mutualismo", por sus permanentes trabajos en pro del ideal mutualista.

Vecino, también mutualista, don Jesús Sandoval, se destacaba con su fotografía "El Bello Arte", compartiendo su fama de artista con el popular Cuco García, herederos, sin duda alguna, de la aristocrática fotografía "Lagrange".

Había otros pequeños negocios hasta llegar a la esquina en donde "La Brisa" abría sus puertas rojas, de rejas de fierro, ofreciendo la mejor carne de res y de puerco que se vendía en la ciudad. Por supuesto, compitiendo con el Mercado Colón a base de kilos de más de mil gramos y precios que no rebasaban los veinte centavos el kilo.

Andando el tiempo, fueron desapareciendo uno a uno esos negocios para ser reemplazados por otros hasta que, a mediados de la cuadra, y ocupando la mayor parte, se estableció el almacén "El Centro Mercantil de Monterrey", que con la ampliación sufrió algunos cambios y en la actualidad están agregándose nuevas edificaciones para ser campo de operaciones de los almacenes "Sears Roebuck de México".

Hecha la ampliación, se construyeron los edificios que ocupan el almacén de ropa "Tiendas Universales", para llegar hasta la esquina en donde opera la zapatería "El Centenario". En el tramo del oriente las transformaciones han sido notorias por cuanto a que los pequeños comercios y casas particulares que existían han desaparecido para ser reemplazados por almacenes de mayor cuantía.

Entre las cosas que recuerdo de aquellos tiempos, puede citarse la casa particular, que a mediados de la cuadra era propiedad del Lic. don José Luna, Notario Público. Su renombre le venía más que de sus actividades profesionales, de su afición a la pintura. Varios cuadros de indiscutible mérito ennoblecen su afición.

Hijo de él es el Dr. José Luna Ayala, gran clínico, profesor del Colegio Civil y de la Escuela de Medicina. Se cuentan por centenares sus discípulos.

Durante los años treinta ocupó esa casa un artista de las artes gráficas y de la pintura, Celedonio Mireles. Después se estableció un repertorio de música, para quedar más adelante dentro de la invasión de comercios de ropa y zapatos.

De Matamoros a Allende se inician los derrumbes con cierta lentitud, mostrando las casas, aún cuando desocupadas, sus anteriores letreros: Ferrería Mexicana —antes comercio de abarrotes del Sr. N. Guajardo, quien murió accidentalmente, al ayudar a bajar de un transporte una caja fuerte que había adquirido para su negocio—; después, en el mismo lugar estuvo la Librería Nueva; siguen, Curiosidades Mexicanas de don Mateo Leal, viejo comerciante en artículos típicos mexicanos; "La Reyna" zapatería; México Eléctrico; Trajes Fusi; y otra vez México Eléctrico. En esta esquina, una cantina, "El Barril de Cristal", ponía la nota alegre, al contar entre sus clientes a hombres de letras como Oswaldo Sánchez, Federico de P. Robledo, apodado el Vale Coyote, Lic. Manuel Múzquiz Blanco, y algunos otros escritores, que discutían sobre asuntos literarios, y declamaban los versos de su propia cosecha. Seguramente que muy pronto la piqueta acabará con estas construcciones y surgirán los edificios que han de reemplazar a los que sirvieron, tal vez durante un siglo, al comercio de Monterrey.

En la acera oriente, esquina noreste, durante más de 40 años, el doctor Mauro Villarreal mantuvo abierto su consultorio y la botica del comercio. En la actualidad el comercio de ropa, de moderna presentación, "Almacenes Sa-gaón", atrae a la clientela mediante llamativa propaganda.

En la esquina siguiente se estableció una mueblería, bien surtida; pero no tuvo resultados satisfactorios. Fue reemplazada por el Colegio Porfirio Díaz, del profesor don Jesús Rojas, en donde prestó sus servicios un antiporfirista, el profesor Antonio I. Villarreal, precursor revolucionario, que al caminar de los años conquistó en la Revolución Constitucionalista, el grado de General de División.

La cuadra de Allende a 15 de Mayo, en un 50% ha sido ampliada surgiendo nuevos edificios de vistoso acabado.

Enumeramos, como dato curioso, la serie de negocios que existían en esta cuadra, que al desaparecer las viejas casas, algunos persistirán en las nuevas y otros habrán cambiado.

Veamos: Fotografía Treviño, antes cantina "Las Delicias"; Salón de Belleza "Venus"; Estanquillo "El Roble"; Dr. Everardo G. Lozano; Dr. Carlos de la Garza Páez; Estanquillo, Venta de sodas y dulces; "Arte", Salón de Belleza; Cuerpo de Bomberos, —evocar al Cuerpo de Bomberos de aquellos tiempos, es imaginarse un par de carros colorados, eso sí, muy rojos, tripu-

lados por bomberos disfrazados de chóferes, o de chóferes con trazas de bomberos, cuya posición parecía la de titanes empujando a los carros.

Solía suceder que antes de llegar al lugar del siniestro se reventaba una llanta, o escapaba el agua hirviendo desconchínflando el radiador, o se clavaba la dirección; pero en todos los casos, los bomberos llegaban, aunque tuvieran que llevar a cuestas los carros.

¡Ah! pero había que ver cómo se mantenía en pie la economía de la institución: Ayuntamiento \$ 100.00 mensuales, que no siempre los pagaba, y empresas particulares que "daban donativos" de uno y dos pesos mensuales. En total un presupuesto mensual de \$ 600.00.

El Comandante lo era todo: bombero, mecánico, instructor, cobrador; eso sí, después de cada hazaña, los periódicos generosamente repartían los más encomiásticos adjetivos. En estos andares, durante 32 años, actuó Emilio Alanís Alanís. Entró al servicio como simple bombero: fuerte, sanguíneo, ágil hasta llegar a Comandante. Envejeció en el servicio, perdiendo los atributos de la juventud, para conservar una sonrisa de optimismo, que fue en su vida como un pregón del deber cumplido.

Pasó aquello, llegó la ampliación, y el chillido de casa ya no sirvió para las funciones a que estaba destinada; los tiempos han cambiado, y con la generosa cooperación del Gobierno del Estado, del Ayuntamiento, y de los particulares, se ha construido un edificio en terrenos ganados al Río de Santa Catarina, que merece justamente el título de Cuartel Central de Bomberos. El edificio por desocuparse fue donado por don Santiago Belden.

Sigamos la mención de establecimientos: Nuevo León Eléctrico; Peletera Monterrey; Estanquillo "Jovita"; Peletera del Norte; Salón de Belleza "Guadalupe"; Casa Myriam, Mercería y Joyería; Estanquillo; casa habitación; Zapatería Ramírez; Consultorio Médico; La Sorpresa, Relojes y Alhajas; El Triunfo, Marcos y Molduras; Las Novedades, ropa para niñas; Clínica Dental del Roble; Casa Hinojosa; casa habitación; "Gema", Relojería y Joyería, y Carnicería "La Aurora"; —treinta años antes consultorio del doctor José Sepúlveda.

Como puede apreciarse, los numerosos establecimientos dan idea del comercio de poca monta. Con excepción de tres casas de dos pisos, las demás eran de un solo piso.

Algo debemos decir de la acera oriente, pues aun cuando las transformaciones sufridas son poco notorias, de todas maneras, ya se ha principiado la

modificación y algo queda también en el fondo del tiempo que se me ocurre desenterrar.

Principiando la cuadra en Allende se levanta un moderno edificio de maciza construcción, que lleva el nombre de Maracán. Su propietario don Pedro Canavati, lo bautizó en esta forma en recuerdo de su esposa, de quien tomó las primeras letras de su nombre: María Canavati. Se trata de una construcción compuesta por sótano y 4 pisos. El primer piso está ocupado por negocios comerciales. En la esquina existe una tienda de ropa para damas que se titula: Remy. Los otros departamentos están ocupados por la Fotografía "Estudios Portillo"; "Tiendas Melo"; "Zapatería Mónaco"; "Hilados Finos Monterrey" y "Mercería Juárez".

Los pisos restantes sirven a muy distintas actividades: Centro Patronal de Nuevo León; Petróleos Mexicanos; bufetes de abogados; oficinas de seguros; distribución de artículos para el hogar; despachos de ingenieros, etc., etc. Años antes el predio pertenecía a la Cia. de Luz y Fuerza Motriz de Monterrey. En departamentos de construcción antigua operaban oficinas y bodegas.

Continúan construcciones del siglo pasado, a las que apenas si se les ha hecho algún remiendo sin categoría y llegamos a mediaciones de la cuadra en donde, a principios del siglo, estuvo situada la Academia de Comercio General Zaragoza, cuyo propietario don Anastasio A. Treviño Martínez, inició lo que pudiéramos decir la carrera de Contador Privado, aun cuando sin los relieves que tiene en la actualidad.

Como me tocó estudiar en ese colegio, puedo hablar de algunas de mis impresiones, entre las cuales se destaca la existencia de un Ojo de Agua en el patio, que invitaba a los muchachos en las horas de recreo a beber con fruición, formando con las manos improvisado recipiente.

En cuanto a los profesores —después de don Anastasio, cuya figura singular lo destacaba como hombre de principios, de carácter, de sólida rectitud en sus procedimientos, de gran espíritu emprendedor y, sobre todo, de una arraigada responsabilidad en las actividades a que se había dedicado—, dejaron profunda impresión en mi recuerdo.

Había un profesor de español, joven, como de 20 años de edad, de mediana estatura, delgado, ojos pequeños, pelo negro, semblante intensamente pálido, pulcramente vestido, cuello y puños duros, siempre blancos. Todo ello, unido a una prematura seriedad, daban al joven profesor marcado aspecto romántico, que se acentuaba con su tendencia a dictar trozos literarios de los próceres del romanticismo, principalmente de Bécquer, que lo entusiasmaba. Don Anastasio, con su voz robusta de barítono, hizo la presentación: "...El Profesor Don Joel Rocha". Con el tiempo, aquel joven habría de destacarse en su

profesión y posteriormente, como uno de los industriales de mayor categoría en nuestro medio ambiente.

Profesor de planta fue don Alonso Mendoza, cuya característica principal eran la pulcritud, tanto en el vestir como en sus modales. Su simpatía se hizo general, de manera que todos los muchachos le teníamos gran cariño. Poco tiempo actuó en su carácter de profesor, dedicándose a otras actividades y según tengo entendido, en la actualidad dirige un negocio de camiones de carga.

En ese rosario de recuerdos, ocupa un lugar preferente Aldo B. Alarcón, escritor y poeta, hombre sencillo, de genuina prosapia romántica, a quien los intereses terrenales nada significaban. Era serio, dedicado a su ministerio, afable, y dispuesto siempre a ayudar a los estudiantes en todos aquellos problemas que se les dificultaba resolver.

Viene después el profesor don Rufino Salinas, que habiendo actuado en la educación primaria, formó parte del profesorado de la Academia en donde aprendió la Contabilidad en término rapidísimo, y se constituyó en uno de los más capaces profesores de la materia. Algunos años después abandonó el Magisterio para encargarse de la Contabilidad de la Casa Chapa, S. A., en donde estuvo sirviendo hasta su muerte.

Contiguo a la Academia regentó durante muchos años una sastrería "La Primavera" don Efraín Villarreal, amable siempre y siempre correcto. Mientras tomaba las medidas platicaba sobre los sucesos de actualidad, que forzosamente se relacionaban con la Revolución. Madero revolucionario; Madero Presidente; Madero asesinado; Carranza, Primer Jefe de la Revolución... y por ese orden todo cuanto iba sucediendo.

De fácil palabra, aprovechaba toda coyuntura para hacer ambiente favorable a la revolución, y por supuesto era una magnífica fuente de información.

Más adelante se encontraba la botica de "El Roble", propiedad del Dr. don Alfonso Martínez. Se trataba de persona pulcra, escrupulosa en sus funciones de médico, y posiblemente fue el último en nuestro medio, en usar jaqué y sombrero alto al hacer sus visitas a los enfermos. Su presencia, con tal atuendo, causaba un efecto psicológico saludable, lo demás quedaba a cargo del tratamiento médico. Ese edificio de dos pisos está ocupado en la actualidad por un comercio de artículos religiosos titulado: "Nuestra Señora del Roble".

Continuaban establecimientos de poca monta, entre ellos una dulcería en donde en la actualidad se encuentra la Pastelería Monterrey, de bien ganado prestigio; al final de la cuadra había un tendajón de escasa categoría transformado ahora en tienda de ropa para niños.

Hagamos un alto en este tramo para recordar un emotivo espectáculo. Los tranvías de mulitas bajaban por propio impulso de la calle Padre Mier, entonces de Bolívar, para detenerse a media cuadra pasando la de Allende. La velocidad se multiplicaba en comparación a la que solían llevar cuando las mulitas tiraban del carro. No faltaba señora, que sobresaltada, a pesar de la costumbre o tal vez por ella, exclamara: ¡Santísima Virgen del Roble! Sin que faltara el estribillo: ¡Que Dios nos asista!

En contraste, los muchachos le gritaban al conductor —que iba atento a los frenos—: suéltale más; suéltale más; pero el conductor, consciente de su gran responsabilidad, dejaba a la fuerza de inercia cumplir su misión, bajo su vigilancia, por supuesto. Solía agregarse la nota chusca. Algún muchacho, haciendo alarde de acrobacia, bajaba del tranvía en plena carrera rematando la suerte con una revolcada y aparatosa marema.

Ahora aquello nos parecería cosa de niños, aún a las señoras que entonces se alarmaban. ¡Dos minutos para recorrer doscientos metros! No se puede en esta época del jet concebir. Y sin embargo cada cosa en su tiempo. Si todavía existían las diligencias, si paseaban las gentes en carruajes tirados por caballos, si los papalotes eran los únicos objetos más pesados que el aire que surcaban la atmósfera, lo de los tranvías de fuerza animal cumplían plenamente con la parte que les correspondía en aquellos venturosos días de la crinolina, del bastón y del bombín.

Atravesamos 15 de Mayo. Del lado oriente se levanta la típica construcción de sillares del templo del Roble, que ocupa un buen tramo hacia el norte. Sus gruesos muros dan la impresión de una fortaleza.

Hablaremos de este gran edificio más adelante, y entre tanto, agotaremos lo que haya por decir del resto de la cuadra, que es bien poco.

Después del templo existe una casa de dos pisos, destinada a menesteres de los servicios religiosos, y de actividades de carácter social. Nada tiene de extraordinario, en su sencilla arquitectura, digno de mencionarse.

Pared de por medio, un edificio de las mismas características, viene siendo ocupado por la Talabartería Cía. Treviño, S. A., desde hace más de 50 años.

Termina la cuadra con edificios de dos pisos, que llevan el sello de las Farmacias Benavides. Oficinas, laboratorios, almacenes y en la esquina, farmacia, artículos de tocador y restaurante. Antaño, allá por los primeros años del siglo actual el doctor don Melesio Martínez, de amplia y popular clientela, administraba la botica y el consultorio.

El dinamismo de don Felipe de J. Benavides, convirtió la modestia de una

actividad de tipo provinciano, en un centro cosmopolita, que han vivificado con inusitado entusiasmo y tecnicismo sus hijos.

Es de mencionarse un lapso intermedio entre ambas referencias. Durante varios años, que formaron parte de los tiempos de la revolución Carrancista, tres personas: Francisco Ruiz Leal, Santiago Villarreal y Julián E. Guerra, formaron una sociedad comercial. Compra y venta de cereales. El tiempo no era propicio para los negocios y el capital social, no muy abundante, se esfumó.

La separación se impuso. El fracaso significó pérdida de dinero; pero ganancia firme de experiencia. Francisco Ruiz Leal marchó a Tampico en busca de mejores vientos. Inteligente, ambicioso, con esa ambición limpia que enaltece, pronto se abrió un magnífico campo de acción. Comerciante, industrial, financiero, conquistó una posición envidiable, ganada a pulso con honradez y actividad. Vivé allí, rodeado de su familia, cada vez más grande, y gozando de la admiración y cariño de la sociedad, a la que ha entregado mucho de sus esfuerzos.

Santiago Villarreal también abandonó Monterrey para radicarse en Torreón. Sus actividades de comerciante y agricultor honesto y trabajador le produjeron respeto y estimación. Murió hace unos cinco años, cumpliendo con la consigna de los buenos: Todos a su alrededor lloraban, y solamente él sonreía.

Queda en el recuerdo Julián E. Guerra, tipo sacado de estampas del siglo pasado. Simpático, afable, miope, extremadamente sociable, de esa sociabilidad sin etiquetas. Gustaba de la música y de la poesía, y solía declamar versos convirtiendo en tribuna los sacos llenos de maíz o de frijol.

Su paso por la calle se significaba por las repetidas pausas; aquí se detenía ante una ventana para saludar al compadre o a la comadre, más allá aquietaba el paso ante una puerta semiabierta preguntando por alguien, y luego detenciones rápidas para saludar a quienes caminaban en sentido opuesto. No daba descanso al sombrero, ni se borraba de su semblante la sonrisa afable, que achicaba aún más los ojos, a pesar de los cristales de aumento.

Un día, un aciago día del año de 1936, llegó de su trabajo algo fatigado, se tendió en la cama para descansar, y cuando su esposa lo llamó para que se sentara a la mesa ya no contestó. Pasó la invisible línea que nos separa del más allá, con la misma dulzura, con la misma gentileza, que empleaba al saludar a un amigo.

Pero retrocedamos hasta colocarnos de manera que podamos analizar el Templo del Roble.

Por supuesto que el Templo merece mención especial. Su categoría queda dentro del fervor religioso de los regionmontanos, a la altura de la Catedral y de la Purísima.

La tradición de la Virgen del Roble queda fuertemente ligada a nuestra historia. Como en el caso de la Purísima aquí nació, tomó forma y se afianzó en la conciencia religiosa de las gentes.

El Templo, amplio, funcional, de cantera de sillar, con paredes de fortaleza, era típico pregon del solar regionmontano.

Digo que era porque en parte ha desaparecido. El frontispicio ha sido modificado, cambiando totalmente su estilo. ¿Mejoró? ¿Es apropiado al resto del edificio? No me atrevo a contestar estas preguntas. Algún técnico en la materia podrá hacerlo.

Yo me quedo en la imaginación con aquel frente tosco, de sillares desnudos, que vieron a nuestros abuelos subir las escalinatas para franquear las amplias puertas.

Cuántas veces, el 18 de diciembre, siendo niño, sufría codazos y empujones para postrarme ante la pequeña Virgen. Y esas mismas ocasiones devoraba las golosinas que en la calle vendían mugrientos dulceros, sin perdonar el plato de enchiladas, al reclamo apetitoso del olor que despedían, sin importarme la traza de las greñudas fritangueras.

Participaba alegremente en la algarabía de los muchachos, que fuera de la solemnidad de la misa y de los rosarios, distantes de las amplias y vistosas naves del Templo, asaltábamos los caballitos, la rueda de la fortuna, y corriamos de un lado a otro ansiosos de no perder oportunidad alguna para divertirnos.

Siguiendo las instrucciones del cohetero lanzábamos al espacio las varas explosivas, que llenaban de lucecitas el cielo, dando la impresión de fugaces estrellas. No faltaba el muchacho atrabiliario, que sin esperar el momento oportuno, arrojaba el cohete entre "puesteros" y transeúntes. Con una reprimenda del "maistro" cohetero quedaba fuera de servicio.

Tratando de agotar las diversiones rodeábamos las mesas de juego, apostando desde uno hasta cinco centavos. La ruleta desvencijada con los colores rojo, azul, blanco y negro. La mesa boliche, juego ingenioso. Operaba mediante una canica, o bolita sólida, que se arrojaba por uno de los postes huecos colocados en los extremos de la mesa, la que tenía figuras pintadas equidistantes entre sí, con un hoyo cada una de ellas. Ganaba quien lograba colocar la bolita en el número mayor. El propietario de la mesa descontaba a su favor el 20% de las apuestas. Juego entretenido y de cierto arte.

Al siete colorado jugaban únicamente los incautos. Los dados estaban arreglados de manera que el ganador era siempre el montero. En la baraja sucedía cosa semejante.

Los ya enterados pasábamos de frente, con cierto aire de suficiencia. Habíamos pagado el noviciado.

A eso de las once de la noche iniciábamos la desbandada, jubilosos o tristes —cada quien habla de la feria según le va en ella—. Lo que no fallaba era el dolor de estómago producto de la indigestión. La purga y a otra cosa.

El día 8 de septiembre de 1884 fue inaugurado el Templo. El periódico *La Defensa del Pueblo* publicó las siguientes notas:

Domingo 7 de septiembre de 1884.

EL TEMPLO DEL ROBLE

“Mañana el Ilmo. Sr. Obispo bendecirá con toda solemnidad el nuevo Templo de Ntra. Sra. del Roble.

A este fin se ha hecho circular la siguiente:

INVITACIÓN

El lunes 8 de los corrientes, fiesta de la Natividad de Ntra. Sra.; el Ilmo. Sr. Obispo bendecirá solemnemente el nuevo templo del Roble.

El Presbítero Manuel Martínez capellán de este Santuario invita a todos los católicos a concurrir a esta ceremonia, así como a los demás actos piadosos que con este motivo tendrán lugar conforme al siguiente

PROGRAMA

1o. En la mañana del día 8, al toque del alba un repique a vuelo en todas las iglesias será el anuncio de la gran festividad.

2o. A las ocho en punto de la mañana el Ilmo. Señor Obispo acompañado del V. Cabildo y Clero de esta ciudad, dará principio a la bendición del nuevo Templo con todas las ceremonias que el rito prescribe.

3o. Después de la bendición la Sagrada Imagen será trasladada en procesión al nuevo Templo.

4o. Se cantará una misa solemnisima en que su Señoría Ilma. oficiará de Pontifical.

5o. Terminada la misa se cantará la Salve Regina como primer homenaje que el Prelado, el Clero y el pueblo, ofrecen a la Santísima Virgen del Roble en su nuevo Templo.

6o. A las cinco de la tarde se cantará el Rosario, y en seguida las preces mandadas por el Santo Padre por las necesidades de la Iglesia.

7o. Un solemne Tedeum en acción de gracias dará fin a esta festividad.

8o. El domingo catorce del corriente a las siete de la mañana se cantará una misa con su Majestad manifiesto, quedando expuesto todo el día para que los fieles vengan a rendirle adoración en la nueva iglesia”.

Jueves 11 de septiembre de 1884.

PADRINOS Y MADRINAS

El Presbítero D. Manuel Martínez quiso honrar con el nombramiento de padrinos y madrinan de la bendición del Templo del Roble no sólo a las personas de más representación en esta ciudad y fuera de ella, sino también a todas aquellas que con sus donativos especiales han contribuido más o menos directamente a poner la nueva iglesia en estado de servicio. Todas las personas invitadas aceptaron con gusto el nombramiento, pero no todas pudieron concurrir al acto de la bendición, por encontrarse a larga distancia unas, y por diferentes motivos las otras. No obstante, como además de aceptar bondadosamente el cargo conferido han contribuido generosamente con diferentes sumas, así para ayudar a los gastos de la función como para el pago de varias partidas que se adeudan pues los últimos trabajos han causado gastos extraordinarios, nos ha parecido conveniente publicar en este número los nombres de las personas que estuvieron presentes en el acto de la bendición, reservándonos para el siguiente con los de todos los bienhechores que fueron honrados con igual nombramiento, y no pudieron asistir.

Asistieron como padrinos y madrinan a la bendición del Templo del Roble las personas siguientes:

SEÑORES:

Canónigo D. Narciso Villarreal, D. Valentín Rivero, Lic. D. Ramón Treviño, Dr. don Juan de D. Treviño, don Patricio Milmo, don Luis

Sánchez, Lic. don Francisco Sada, Lic. don Emilio Cárdenas, don Gabriel Flores, don Justo del Pilar, Dr. don Melesio Martínez, don Pedro Maiz, don Amado Garza, Dr. don Tomás Hinojosa, Lic. don Modesto Villarreal, Lic. don Anastasio Treviño, don Rómulo Rodríguez, Dr. don Pedro Martínez, don Valentín Rivero Gajá.

SEÑORAS:

Sra. doña Refugio Dávila de Garza García, Srta. Ana Treviño, Srta. Trinidad Garza, Srta. Elvira Cantú, Sra. Josefa García de Treviño, Srta. Sara Milmo, Sra. Concepción Guajardo de Hinojosa, Sra. doña Josefa González de García, Srta. María Villarreal, Srta. Modesta Rivero, Srta. Carlota Larralde, Sra. Guadalupe Galván del Pilar, Srta. Lorenza Galván, Srta. Clotilde de la Garza, Srta. Cruz de la Garza, Sra. doña Genoveva M. de Martínez, Srta. Catarina de la Garza, Srta. María Antonia Cárdenas, Sra. doña Concepción Vargas de Treviño, Sra. doña Josefa Martínez de Treviño y Sra. doña Petra Martínez de Martínez.

Una atractiva cúpula, de amplias proporciones, fue construida a principios de este siglo. Se hacían los preparativos para su inauguración, a fines de 1905, cuando se desplomó.

Fue providencial que no ocurrieran desgracias personales, y aun la imagen del Roble no sufrió deterioro alguno, no obstante encontrarse debajo de la cúpula.

Se cree que el derrumbe se debió a determinados cambios que se hicieron en los muros de sustentación, sin tomarse las debidas precauciones.

A saltos se ha hecho este templo, que aún no está del todo concluido. Cincuenta años después se iniciaron reformas y ampliaciones de gran categoría, que están en proceso.

La torre del campanario, nueva totalmente, se construyó al oriente del templo. Alta, tal vez la más alta de las torres de los templos de Monterrey, esbelta, de estilo distinto al mismo templo, da la impresión de un centinela en posición de firme.

Y dicho lo anterior cerramos este sencillo relato.

A lo largo de la acera poniente no tengo datos que valgan la pena mencionar. En los últimos tiempos la esquina con 15 de Mayo la ocupó una fotogra-

fía popular. Seguían casas habitación alternando con pequeñas imprentas, tintorerías, carpinterías y al final, con 5 de Mayo, casa habitación del Lic. Gil Treviño, que antes ocupó don Ismael Guerra, tronco de numerosa y honorable familia, y mucho antes, a principios de siglo, fue campo de operaciones de un comercio de abarrotes titulado "El Gallo".

Esa casa desapareció totalmente. Del resto quedan muros y vigas cortadas al límite exigido por la ampliación. El aspecto nada tiene de agradable, aun cuando se han construido dos edificios de buen aspecto.

De 5 de Mayo a Washington las referencias no son tan extensas, por aquello de que el lado oriente lo ocupa la Plaza del Colegio Civil y el lado poniente casas sin ninguna especial característica, aun cuando algo de la cuadra se ha transformado por algunos edificios de nueva construcción.

Por cuanto a la Plaza del Colegio Civil, como dato que pinta lo que existía y algo de lo que fue, copio aquello que encaja en la narración publicada en mi ya mencionado libro *Estampas Antiguas de Monterrey*:

"Forma la plaza un cuadro de 48 metros por lado y está poblado de árboles, en su mayor parte fremos, que le dan un aspecto agradable.

En su interior existe una glorieta amplia y en el centro se levanta un pedestal que sostiene el busto en metal del ingeniero don Francisco Beltrán, que por sus pequeñas dimensiones ofrece un aspecto antiestético, aparte de no corresponder a los méritos que como educador se le reconocen al ingeniero Beltrán.

Para levantar este monumento fue quitada una fuente de piedra de rostro de dimensiones proporcionadas al tamaño de la plaza. En el centro de la fuente existía un surtidor de fierro vaciado, de tres cuerpos, de agradable aspecto. No tan sólo no mejoró la plaza en ornamento sino que, sin necesidad se le quitó un adorno antiguo que debió conservarse, puesto que el monumento al ingeniero Beltrán, hubiera quedado mucho mejor ya en la banqueta del Colegio Civil, o en la misma plaza en el andador del lado poniente dando frente, precisamente, al edificio del Colegio en donde pasara el Ingeniero los años más importantes de su vida.

En esta plaza, desde hace más de 50 años, se ha acostumbrado dar audiciones musicales los viernes en la noche, conservándose la tradición y el romance de nuestras serenatas".

Habría que agregar la transformación sufrida por la plaza hace unos cuantos años.

Se arrancaron los árboles que la poblaban, se suprimieron los jardines y se hizo una explanada de concreto, dejando únicamente en cada esquina una pequeña glorieta con un fresno en el centro. Parece ser que hubo la intención de perpetuar la canción aquella que le sirvió al general Arnulfo R. Gómez, como bandera de su malograda candidatura a la Presidencia de la República: "Cuatro milpas tan sólo han quedado..."

En el lado oriente de la Plaza se construyó una especie de estrado de concreto, que puede servir de tribuna en casos de reuniones populares. Lo demás, a excepción de un pequeño cobertizo fabricado al lado norte, no ofrece perspectiva alguna que rompa la planicie.

Al fondo, calle del Colegio Civil de por medio, ofrece su fachada colonial el edificio del Colegio Civil, que ha sido para Nuevo León, y diríamos para el norte de la República, el centro de estudios de más alta categoría en lo que respecta a la preparación de los futuros profesionistas.

Siguiendo el fácil procedimiento de las citas, que en este caso tiene disculpa por robarme a mí mismo, doy albergue a lo que en el multicitado libro mío publiqué sobre el Colegio Civil:

"El Obispo don Andrés Ambrosio Llanos y Valdés, que tantos empeños puso en dotar a la ciudad de los elementos necesarios para el cultivo y seguridad de los habitantes, principió a construir por 1796 un hospital, que viniera a substituir al que existía en el edificio que posteriormente ocupó el colegio 'San José', situado en Mina y Abasco. Durante una epidemia de viruela, que se desarrolló en la ciudad en 1798, se destinó el hospital, todavía en construcción, al servicio público, prestando notables servicios. El único médico que existía en la ciudad, Fray Antonio de la Vera y Gálvez asistió con todo celo a los enfermos logrando señalados éxitos, que le valieron mención especial cerca del Virrey de la Nueva España.

El Gobernador del Estado, don Santiago Vidaurri, el 4 de noviembre de 1857, decretó el establecimiento del Colegio Civil, sin que pudieran normalizarse los trabajos debido a las guerras intestinas, sino dos años después, durante el gobierno del General Aramberry.

El 5 de diciembre de 1859 principiaron las clases, con una matrícula de 70 alumnos, siendo director el licenciado José de Jesús Dávila y Prieto.

Siguiendo la tradición ya establecida en el Colegio, los Gobiernos sucesivos le prestaron atención; pero fue el general don Jerónimo Treviño quien hizo el mayor esfuerzo hasta lograr que se terminara el edificio,

comprendiendo un frente de 84.70 metros y 55 de fondo. Se componía de un solo piso, con excepción de la parte occidental y una pequeña porción del lado Sur, en que se construyó un segundo piso.

Durante la administración del Lic. Aarón Sáenz se construyó en el centro del edificio un segundo piso y una atractiva fachada, y hacia el Poniente se levantó la Aula Magna de la Universidad.

Durante el Gobierno del general Anacleto Guerrero se levantó el segundo piso en el resto del edificio, mejorándose su aspecto general.

Muchos notables hombres de ciencia pasaron por el Colegio Civil cuya mención daría lugar a una interminable lista. Citaré el personal del Colegio de 1899, porque aún siendo lejana la época, existen muchos de los que fungían como profesores: Director, Dr. Lorenzo Sepúlveda; Prefecto de Estudios, José Luna Ayala; Tesorero, Dr. Amado Fernández; Profesores de diversos cursos: Lic. Macedonio Tamez, Ing. Ernesto García, Ing. Porfirio Treviño Arreola, Dr. Eusebio Guajardo, Prof. Emilio Rodríguez, Lic. Rafael Lozano Saldaña, Ing. Francisco Beltrán, Dr. Benigno R. Davis, Prof. Federico Garza, Prof. Guadalupe Montenegro, Lic. Virgilio Garza; Mayor José R. Moreno. Estudiantes: Néstor González, Faustino Roel, Alfonso Pérez y Galdino P. Quintanilla".

Esto estuvo bien para 1942. Ahora, en 1964, las cosas han cambiado. Casi todas las personas mencionadas han muerto.

No tendríamos sino agregar una pequeña nota, que no por pequeña deja de tener importancia. Me refiero a la construcción hecha en el patio que correspondió al Colegio Civil —los llamados matorrales—, de la Escuela de Labores Femeninas Pablo Livas.

El terreno no podía haber tenido una aplicación más apropiada. Se trata de un centro de enseñanza que durante muchos años ha preparado a millares de jóvenes mujeres, en condiciones de ser buenas amas de casa, o empleadas eficaces, y en muchos casos propietarias de establecimientos, ya de costura, de juguetería, pastelería, y de otras actividades.

El edificio es amplio, bien construido, de agradable aspecto, y llena todas las formalidades necesarias para que la benemérita escuela cumpla, aún con más eficacia, la encomiable labor que le corresponde.

Se inauguró este flamante edificio con la solemnidad del caso el día 21 de marzo de 1963, sirviendo de homenaje a la memoria de don Benito Juárez, aniversario de su nacimiento.

Presidió el acto el licenciado don Eduardo Livas Villarreal, Gobernador Constitucional del Estado, e hijo de don Pablo Livas, en honor de quien hace cuarenta y dos años se integró la escuela, como realización de los esfuerzos

encomiables de los profesores don Anastasio A. Treviño Martínez y don Plinio D. Ordóñez.

Una nutrida concurrencia asistió a este acto, contándose los más cercanos familiares de don Pablo Livas, así como funcionarios del Gobierno, de la Universidad de Nuevo León, licenciado Alfonso Rangel Guerra, Rector Interino; del Patronato de la misma don Manuel L. Barragán, así como del C. Presidente Municipal, licenciado Leopoldo González Sáenz, del Secretario General del Estado don Humberto Ramos Lozano, del general de División J. Trinidad Rodríguez López, Comandante de la Séptima Zona Militar. Estuvo también presente don Jesús M. Montemayor, quien cedió la cantidad de \$ 2,000,000.00 para la construcción del edificio.

La ceremonia fue sencilla pero imponente dado que, recordándose los méritos de don Pablo Livas, se daba la circunstancia de encontrarse algunos profesores que fueron compañeros de él y quienes sintieron la emoción de recuerdos impercederos.

Seguirá la escuela derramando sus beneficios, de cuya categoría podemos darnos cuenta al mencionar que para la fecha han recibido enseñanza 21,613 alumnas, habiendo obtenido su título profesional 4,567 cifras que hablan con elocuencia.

Volvamos a nuestra calle; pasamos al lado oriente y nos encontramos con un edificio comercial de tres pisos en substitución de un cine que se tituló "Imperio", mejorándose el aspecto en forma notoria.

Contiguo se levantó el Teatro-Cine "Juárez", uno de los más confortables de la ciudad, de sencillas líneas, de gran amplitud, y magnífica butaquería. Reemplazó a una serie de casas pequeñas, de ningún valor estético, y sin tradición que valga la pena mencionar.

Del resto de la cuadra no hay sino manifestar que se han modificado algunas casas sin que ello signifique cambios de tal magnitud que valga la pena hacer notar.

Cruzamos la calle de Washington para continuar hacia el norte, deteniéndonos breves instantes para decir lo que el recuerdo nos sugiere.

Del lado oriente, en la esquina con Washington, el dinámico hombre de negocios don Angel de Fuentes construyó un edificio de grandes proporciones integrado por tres pisos, que lleva el título "Edificio de Fuentes". La planta baja la ocupa la farmacia "El Fénix".

Anteriormente fue residencia y local comercial de don Ambrosio Guajardo y posteriormente de sus hijos Apolonio y Ernesto, dinámicos y populares, a

quienes cariñosamente se les llamaba "los pelones", porque acostumbraban pelarse al rape.

Años después estos jóvenes entraron de lleno al mundo de las actividades industriales, formando una fortuna envidiable, y según entiendo radican ambos en la ciudad de México. Contrajeron matrimonio en esta ciudad, formando dos hogares en donde retozan ya los nietos. Como hermanos y compañeros de trabajo, continuaron estrechando más sus vínculos, al casarse con dos hermanas, Francisca y Ma. del Socorro Tijerina. Por su parte don Angel de Fuentes que se casó con Sofia, hija también de don Ambrosio, adquirió en propiedad el edificio comercial reteniendo así la casa de los Guajardo.

Ninguna novedad en el resto de la cuadra, sino es en la esquina siguiente en donde se construyó un edificio de tres pisos, cuyas principales localidades están a la disposición de la Sucursal del Banco General de Monterrey.

En tiempos que ya van siendo lejanos, en ese lugar existió la cantina denominada "El Sol" que tenía como contrapeso en la esquina de la acera poniente de la misma calle la cantina "La Luna". De aquí que los trasnochadores se iban tranquilamente de "El Sol" a "La Luna" completando el circuito que los alejaba de sus hogares.

Por los años veintes dos esforzados trabajadores de la industria mueblera, don Miguel Arredondo y don Melesio Lankenau, establecieron una modesta fábrica de Muebles "El Ancora" que andando el tiempo habría de transformarse en gran industria.

De la acera poniente no tengo ninguna referencia de tiempos pasados, y de los actuales puede decirse que al principiar la calle con Washington hace años que la esquina estaba ocupada por la Librería del Maestro, propiedad del Prof. Timoteo R. Hernández, y en la actualidad por una cafetería. Más allá rompe la monotonía de los pequeños comercios el edificio de la Sociedad Mutualista de Joyeros, Relojeros y Grabadores. Don Manuel M. García operaba con una Mueblería, y oficina de negocios, entre los cuales se destaca la construcción de la Colonia Estrella.

Y con esto llega el punto final de Juárez hasta Modesto Arreola.

Pausadamente llegamos a la siguiente calle. Sin prisas, abriendo los ojos para escudriñar lo que vemos, y haciendo aflorar el recuerdo, para describir lo que hubo.

Tal vez valga la pena explicar algunas citas que pudiera pensarse quedan fuera del retablo. Me refiero especialmente a las menciones ocasionales de

algunas personas, que por una u otra circunstancia tienen que ver o han tenido que ver con esta calle.

No se trata de biografías, que ello nos llevaría espacio y tiempo, y constituirían obras ajenas a esta labor, sino simplemente de rápidos brochazos en una pintura que debe contener el claro oscuro de los hechos relacionados con la calle, y existen hechos que no pueden desprenderse de las personas.

Lo lamentable, es mi parecer, radica en no incluir todos aquellos hechos y personas que debieran mencionarse; pero que yo ignoro.

Hecha esta digresión caminemos adelante. En la esquina de la acera poniente, durante largos años, un tendajón mantenía la costumbre de la miscelánea; lo mismo vendía maíz y frijol que medicinas, vinos y licores. En la actualidad existe una papelería y librería escolar, con el nombre de "Patria", propiedad de don Estanislao González. Pero antes, allá por los noventa del siglo pasado, dos hermanos, Estanislao y Federico Treviño, dieron vida a un comercio de miscelánea, en el que los vinos y licores ocupaban buen lugar. Se llamaba "La Luna". Ese negocio desapareció por 1918 siendo reemplazado por un depósito de naranjas, pionero de la costumbre, ya muy extendida, de consumir el jugo.

El Banco Mercantil de Monterrey estableció una Sucursal en un edificio contiguo, de tres pisos, atractivo y funcional. Después tenemos una serie de casas de poca monta con salón, peluquería, florería, intercalados hasta la esquina otros comercios y especialmente restaurantes, que más propiamente llamaríamos fondas, en donde los cabritos al pastor llaman a la clientela con su peculiar olor que sale por las puertas, formando un ambiente apetitoso en combinación con las fondas establecidas en la acera de enfrente.

Mencionaremos otro edificio de tres pisos en donde opera la Ferretería Monterrey para llegar a la esquina donde puede leerse un letrero que dice "Salón Lontananza". Se trata del trasunto de una cantina amplia y muy conocida en tiempos ya lejanos que se llamó "Lontananza", nombre significativo en cuanto a que resultaba lejana del centro de la ciudad.

Pero es el caso de mencionar un suceso que nos pone en contacto con una persona cuyos andares por el mundo son muy conocidos en Monterrey y vale la pena mencionarlos por cuanto a lo que en comunión con la colectividad tiene. Se trata de don José D. Lozano.

Este señor Lozano es de mucha historia y de mucho peso. Comerciante, industrial, revolucionario, mutualista. Anda pisando, con pies que sostienen más de cien kilos, los ochenta años, que ya es algo en persona de ese peso.

Se dice que las gentes gordas son de buen carácter. Aquí la regla tiene su mejor comprobación. Es afable, comunicativo y dicharachero. Donde él se

encuentra hay ambiente grato; cuentos de todos colores, comentarios picosos, salpicado todo ello con risas alegres, francas, abiertas.

Cuando se quemó su casa comentó en presencia del fuego, con gesto compungido: lástima que se desperdicie tanta humbre, cuando la podíamos aprovechar asando "aguajitas".

Al mutualismo se ha entregado con fervor: a él, en gran parte, se debe la construcción del gran edificio de la Sociedad Mutualista, de Viajeros. Actúa en el Círculo Mercantil Mutualista y en Factores Mutuos, y asiste puntualmente a los Congresos Mutualistas Nacionales, lo mismo a Tuxpan, Ver., que a Puebla.

Y se desborda abarcando actividades de servicio social. A sus gestiones, en unión de don Miguel Villarreal, que gusta de viajar por la India encantando serpientes, se debe la construcción de las carreteras de Monterrey a Monclova y de Monterrey a Colombia.

Es también de los soldados de la buena vecindad, que operan bajo la bandera humanista de la tolerancia y comprensión, sostenida con fe y entusiasmo por el ingeniero José Muguerra.

Dicho lo anterior tiempo es de pasar a la acera Poniente.

Del poniente principia la cuadra con el edificio de tres pisos del Banco Industrial de Monterrey, sucursal que complementa las labores financieras con las demás sucursales de los Bancos, que actúan a unos cuantos metros de distancia, y que se mencionan en estos renglones. A continuación el Banco de Comercio también opera con una sucursal para seguir con el edificio del cine "Rodríguez".

Aquí cabe detenernos algunos momentos por aquello de que este cine tiene su historia.

A principios de siglo los hermanos Adolfo y Antonio Rodríguez, los máximos empresarios de teatros y cine que durante medio siglo controlaron los espectáculos, fincaron en ese lugar un jacalón amplio, sin ninguna comodidad ni atractivo especial, con el propósito de dedicarlo a funciones populares, especialmente de teatro, pues en aquellos remotos tiempos el cine apenas principiaba.

La idea fue satisfecha cumplidamente pues el jacalón se llenaba de continuo, a precios de uno a dos pesos luneta y cincuenta centavos galería. Las compañías teatrales que operaban raras veces eran aceptables, de ordinario se trataba simplemente de "cómicos de la legua". Lo importante es que el público se divertía y la razón de ser de aquel teatro se cumplía satisfactoriamente.

De lo bueno se destaca la temporada larga que llenó cumplidamente el famoso e inolvidable actor cómico Arturo García Pajujo. A su influjo y ense-

ñanza se formó el baritono José Pulido, quien alcanzó renombre y gloria. Por el mismo camino fueron Ojeda, Cabrera, Pardavé y cien más.

Pasados los años se hizo necesario modificar los planes primitivos, pues la ciudad iba creciendo y sus necesidades, en todos los menesteres también. En consecuencia se pensó en hacer algo de mayor categoría y los hermanos Rodríguez emprendieron la faena desde luego.

El día 28 de marzo de 1928 fue inaugurado el nuevo teatro que ya contaba con comodidades magníficas y aun cuando no eran precisamente una notabilidad, sí reunía las condiciones necesarias para que en esa época se le titulara "Coliseo Máximo de Monterrey".

La construcción se debió al muy conocido y competente maestro contratista M. Juárez y la decoración estuvo a cargo de los maestros Salvador Tarazona y Jesús D. Jiménez, quienes cumplieron satisfactoriamente su cometido, dando un aspecto al teatro vistoso y alegre.

Se turnaban las actuaciones de teatro y cine, habiéndose pasado películas de gran renombre en la época como El Arca de Noé y El Gaucho.

Volviendo a la inauguración diremos que la compañía que estaba encargada de hacerlo fue la encabezada por el inspirado compositor mexicano Alfonso Esparza Oteo, que ya había adquirido renombre con su famosa canción "Un Viejo Amor". Actuaban con él Elvira Luz Reyes, Evangelina Magaña, Manuel Ramiro Malpica, Francisco Salinas y Leobardo M. González.

En posteriores ocasiones pasaron por el tablado del regio teatro Bertha Singerman, la declamadora de voz de cristal; Matilde Palau, la temperamental; Virginia Fábregas, la egregia; las hermanas Aguila, inigualables; María Teresa Montoya, la Maestra; Pepita Embil, siempre atractiva, y otras muchas artistas que largo sería citar, sin que dejemos al margen a los hombres que como el doctor Alfonso Ortiz Tirado, Tito Guízar, Jorge Negrete, Pedro Infante, etc., etc., llenaron una época de arte.

Durante la primera temporada del Teatro escuchamos a famosas cupletistas que se alternaban cantando canciones españolas, argentinas y mexicanas. Entre las primeras podemos anotar: "El que a Yerro Mata", "Agua que no Has de Beber", "Calla Jilguero", "La Muñeca" y "El Relicario"; entre las argentinas: "Ladrillo", "Uno", "Volver", "Silencio", "Noche de Reyes" y entre las mexicanas: "Estrellita", "La Pajarera", "Mi Querido Capitán", "Morenita Mía", "Mujer", "Rosa", "Veracruz", "Farolito", "Varita de Nardo", etc.

Sin orden cronológico citaremos algunos de los compositores mexicanos que más contribuyeron con su inspiración a formar el ambiente folklórico de México, cuya calidad ha significado que, a través de nuestras canciones, se conozca a México en el mundo entero.

Podemos referirnos a Manuel M. Ponce, Tata Nacho, Pepe Guízar, Gon-

zalo Curiel, Joaquín Pardavé, Agustín Lara, Guty Cárdenas, Ricardo Palmerín, Jorge del Moral, Luis Arcaraz, María Greever.

El Teatro que llenó una época interesante en nuestro medio ambiente, se quemó el día 22 de noviembre de 1954 sin que afortunadamente hubiese desgracias personales.

El nuevo Teatro-Cine se inauguró el 28 de mayo de 1955, bautizándole con el nombre de "Imperio-Rodríguez".

Finaliza la cuadra sin otra anotación que rompa lo normal: pequeños comercios fondas, con el remate de una clásica taquería que agrega caldos de pollo y menudo.

En el tramo de Aramberri a Ruperto Martínez sí nos dice la historia cosas interesantes.

Del lado oriente, en la actualidad, operan comercios de ropa, calzado y frutas. No tienen distintivo especial que los haga destacarse, y no tardarán mucho tiempo sin que los derrumbes procedan a la ampliación de la calle.

Pero allá en el siglo XVIII, cuando el Obispo de Llanos y Valdés se echó a costas la tarea de construir la nueva Catedral, metros más adelante, se construyeron en toda la cuadra edificios de modestas proporciones, destinados al Convento de Capuchinas, que no lograron habitar, por circunstancias que ignoramos.

Posteriormente, mediante arreglos apropiados, los edificios fueron ocupados por soldados, bautizándosele con el nombre de Cuartel Iturbide. Época en que todavía el nombre de Iturbide no se había proscrito de la nómina de los héroes nacionales.

Los vecinos se habían acostumbrado al toque de diana a las seis de la mañana, a la escoleta de la banda de música y a las audiciones casi diarias que ejecutaba en la banqueta, a horas en que el sol ocultaba el fuego de sus hornos, detrás del Cerro de la Mitra.

A instancia del general don Bernardo Reyes el Gobierno Federal construyó amplios cuarteles en algo más de cuatro hectáreas de terreno, por la entonces Calzada Unión, hoy Avenida Madero, a la altura en que se encuentra la escuela Presidente Calles.

Precisamente cuando en 1898 visitó Monterrey don Porfirio Díaz, todavía en el esplendor de su largo gobierno, se efectuó un simulacro de combate en los terrenos libres de los cuarteles, que la prensa calificó de brillante.

Pues bien el cuartel Iturbide quedó sin funciones, y posiblemente se ven-

dió para la construcción de los nuevos, como sucedió con éstos, al construirse otro en Madero con Félix U. Gómez, esquina suroeste.

El producto de la venta sirvió para pagar las indemnizaciones a los propietarios de los edificios y terrenos en donde se construyó, durante la Administración gubernamental del licenciado don Aarón Sáenz, en 1928, el Palacio Federal.

De esta manera la barriada quedó en silencio, siendo substituído el Cuartel Iturbide, por numerosos comercios.

En frente existía una explanada que abarcaba toda la manzana. No la llamo plaza por la sencilla razón de que tal título no le correspondía, por más que fuese conocida con el nombre de Plaza Juárez.

En efecto no existían sino unos cuantos truenos, y menos fresnos, distribuídos sin orden alguno, que vivían de milagro, pues no conocían de más atenciones que las dispensadas por la naturaleza.

Los circos con cierta frecuencia lucían sus carpas y banderolas de abigarrados colores. Entonces adquiría la plaza especial señorío, notoriamente cuando era el Circo Orrin el que plantaba sus tiendas. De lejos en lejos sucedía esto; y como se trataba de un espectáculo, para la época, maravilloso, el turismo llegaba a Monterrey de todo el Estado, y aun de poblaciones de los Estados vecinos.

Como no existían suficientes hoteles, los visitantes se instalaban en las casas de los parientes y amigos. Era tal vez el único motivo que lamentaban las familias de Monterrey. Pero al final de cuentas todo se pasaba por alto —acomodo en las habitaciones, y aumento de la comida— con goce del pleno disfrute del extraordinario espectáculo.

La evolución del circo ha sido lenta. Antes y ahora los perros amaestrados; focas con su natural frac y fina sensibilidad; caballos nobles y obedientes; leones y tigres fieros atentos al látigo del domador; elefantes enormes de finos colmillos de marfil haciendo acrobacias; trapecistas voladores; equilibristas admirables; y los payasos, encanto y admiración de los niños.

El Circo Orrin presentaba lo mejor que había en cada variedad; pero sobre todas las notabilidades sobresalía el grupo de payasos, y sobre el grupo la figura original, inimitable de Ricardo Bell, inglés de origen; pero mexicano de corazón.

El simple anuncio de la presencia de Ricardo Bell, encendía el entusiasmo entre chicos y grandes. Apenas pisaba la pista y las carcajadas resonaban. Un traspies, un gesto, un ademán, eran más que suficientes para que la alegría se desbordara.

En este punto recorro a una oportuna cita. Escribía el inolvidable Maestro y amigo, arquitecto don Agustín Basave, una sección en *El Norte*, titulada

De aquí y de allá. Hacía desfilar hechos notables, personajes históricos, acontecimientos especiales, anécdotas de grandes hombres, y entre ellas va la que se refiere a Ricardo Bell:

"Bell fue un payaso genial. El único auténtico entre todos los que nos han visitado. Fue, además, un enamorado de México, inglés de nacionalidad, poseía un corazón mexicano. Sus hijos han permanecido en el país, definitivamente vinculados con nosotros.

Recordaba nuestro amigo al evocar a Bell, un chiste que le oyó en Saltillo y el cual hizo las delicias de nuestra simpática vecina.

Acababa de llegar el Circo Orrin a la capital coahuilense, procedente de Monterrey, y, como sucedía siempre, en todas las ciudades que visitaba el circo memorable, la gran carpa estaba a reventar.

Alambristas, prestidigitadores, trapecistas y jinetes habían ya cubierto sus números cuando una corneta y un tambor al trote, anunciaron la entrada del payaso. Una salva de aplausos los saludó, pues era el primer día de la temporada en Saltillo. Bell ejecutó algunas piezas en sus particulares marimbas, juegos de campanas y de cascabeles y se fue a saludar a Mr. Welton, el Jefe de Pista que entraba en esos momentos al redondel.

—Señor Welton, qué gusto me da ver a Ud. —le dijo Bell, llevándose a sentar en la barda del ruedo.

—Señor Bell ¿cuánto tiempo hacía que no veía a usted! —le dijo Welton con su acento inglés— ¿dónde estaba usted?

—¡Ah! amigo mío. He andado por todas partes, por París, por Pekin, por Ramos Arizpe, por Viena, por el infierno...

—¿Cómo? ¿Estuvo usted también en el infierno, señor Bell?

—Sí, hombre y me encontré allí mucha gente conocida. Había rusos, turcos, belgas, japoneses, uruguayos, de todas partes... Muchos mexicanos, de la Capital, de Saltillo, de Morelia, de Chihuahua. Pero, ¿sabe usted, Mr. Welton? No había ninguno de Monterrey.

—¿Cómo no, Mr. Bell? ¿Tan buena es la gente de por allá que ninguna se ha ido al infierno?

—No es eso, Mr. Welton. Ahí tiene usted nomás que me puse a buscar alguno de Monterrey, y un diablo muy viejo me preguntó que qué andaba haciendo, yo le dije lo que buscaba y me respondió: —No, compadre. Es inútil que sigas buscando, el único que yo vi llegar aquí de Monterrey, ya se murió. Eso fue hace muchos años.

—¿Cómo está eso, Mr. Bell?

—Si, Mr. Welton; el que llegó de Monterrey pescó un resfío en el infierno. Se le complicó con pulmonía y se murió.

Ya se imaginarán nuestros lectores cómo se le festejó la ocurrencia al nunca bien alabado payaso Bell".

No soy de los que piensan en que todo tiempo pasado fue mejor. Hay de todo en lo ya vivido, lo que sucede es que el tiempo forma en nuestro espíritu una especie de velo a través del cual idealizamos lo que, en su tiempo, no tuvo más relieve que un sucedido distinto a lo normal.

Así con el tiempo, hasta los momentos de peligro porque pasamos, vistos a distancia, como que nos confortan. Pudimos salir adelante, y olvidamos las zozobras, los sufrimientos que apretujaron nuestro corazón.

La poesía impresiona, conmueve y penetra en las fibras más sensibles del ser humano, de ahí que Jorge Manrique, se haya inmortalizado con sus *Coplas a la muerte de su padre*, el Conde don Rodrigo:

*Recuerde el alma adormida,
avive el seso y despierte
contemplando
cómo se pasa la vida,
cómo se viene la muerte,
tan callando.*

*Cuán presto se va el placer,
cómo después de acordado,
da dolor;
cómo a vuestro parecer
cualquiera tiempo pasado
fue mejor...*

Volvamos al circo. Además de la carpa principal ha sido costumbre levantar carpas de medianas proporciones, donde se exhiben víboras domesticadas, fenómenos a base de espejos, y todo cuanto distorsiona la realidad, y rompe con el sentido común. La descripción que hace el poeta Miguel N. Lira pinta a lo vivo el panorama:

*Señores, vayan pasando
que la función comenzó,
que la niña está cantando,
con la voz que Dios le dio.*

*En esta carpa, señores,
verán lo que nadie vio;
verdad que dicen mis labios
nadie jamás desmintió.*

*Verán al ilusionista
listones cómo entredó;
varita de mil virtudes
palomas los convirtió.*

*Ya el príncipe Bacaregua
fuego y plomo se comió;
el Diablo con ser diablo
comió lumbre y se quemó.*

*Pasen y pasen señores
¡que la función comenzó!
¡Por sólo veinte centavos,
verán lo que nadie vio!*

En 1909 se construyó un mercado, de amplias naves, empleándose bloques de concreto, madera y lámina. Edificio no muy consistente; pero venía a llenar una necesidad para las amas de casa.

Durante el mes de septiembre de 1910 se realizó una exposición industrial, exhibiéndose numerosos productos de los que se fabricaban en la ciudad.

Un stand llamó la atención especialmente. Lo ocupaba un ajuar de recámara tallado por artistas expresamente traídos de San Luis Potosí, por la fábrica de muebles "La Mexicana".

Verdaderas filigranas habían sido laboradas en madera de cedro, al estilo barroco. Roperero de 3 metros de ancho, con 3 hojas; tocador de altas columnas y lunas francesas; buró y sillas, así como espaciosa cama, con respaldo alto; todo ello vistoso, más llamativo que útil.

Su precio se estimaba en veinte mil pesos, lo que hacía exclamar a los curiosos visitantes que se trataba de una fortuna. Y sucedió lo presumible: el propietario de la fábrica, don Alfredo Gutiérrez, tuvo que llevarse a su hogar el "elefante blanco", como certeramente lo calificara su tío, el doctor don Juan de Dios Treviño, de muy grata memoria.

A fines de 1959, es decir 50 años después de su erección, fue demolido el

mercado. Fácil la operación si la comparamos con las dificultades presentadas por los inquilinos de adentro y de afuera.

El edificio por dentro había perdido las características de mercado popular para convertirse en tiendas de curiosidades, ferreterías, alfarerías, plomerías, y venta de aparatos eléctricos. Lo que fuera el renglón principal —fruterías, dulcerías, carnicerías— había quedado en proporción pequeña.

La cosa por fuera ofrecía el más lamentable espectáculo. Puestos de mal aspecto, sin servicios sanitarios, convertidos en fonduchas, neverías, fruterías, y cuanto puede condimentarse a la vista del público: enchiladas, tacos, tortas, fritos, elotes... en una mezcla de olores, como para marear a un marinero.

En idas y venidas, vueltas y revueltas, entre autoridades y puesteros, se pasaron varios meses, hasta llegar al final. El viejo edificio desapareció.

Un año después fue inaugurado un edificio de estilo modernista, atractivo y funcional, que sí merece el título de mercado.

Seguimos caminando para avanzar hacia el norte. La calle es esencialmente comercial. En extensión difícilmente existe otra que le gane, con excepción de la avenida Madero.

En el tramo siguiente no quedan habitaciones particulares. Misceláneas, boticas, restaurantes, fruterías, de uno y otro lado. Movimiento activo de colorido popular. Pasamos a la siguiente cuadra.

En el lado oriente se inicia la cuadra con un edificio moderno de dos pisos de la Papelería Saldaña. Contiguo el edificio de cuatro pisos de aspecto alegre, del Hotel Coello. Casas particulares y de comercio hasta el final.

Por el poniente, en la esquina, casa de construcción antigua, construida a principios del siglo para el Hospital Monterrey, atendido por médicos norteamericanos. A su clausura se instaló la Academia Mercantil de Monterrey.

El resto de la cuadra corresponde a un edificio que originalmente fue construido para el Colegio María Auxiliadora. Las aulas se extienden por la calle de M. M. del Llano hasta la del Colegio Civil.

Hace más de 20 años que el Gobierno Federal tomó posesión de este gran edificio, al que se le han hecho arreglos y agregado más salones. Está ocupado por la Escuela Secundaria No. 1. Demolida el ala oriente, la nueva construcción se hizo obedeciendo a la línea de la ampliación.

Pasando la calle M. M. del Llano entramos a un tramo de gran interés histórico, de cuya narración me ocupé en ocasión anterior:

“Las escuelas normales están situadas en la manzana comprendida entre las calles de Juárez, Colegio Civil, M. M. del Llano y General Tapia. Mide el terreno 66 metros por cada lado. Los edificios ocupan el terreno de la parte oriental, destinándose el lado Sur para hombres y el Norte para señoritas. Ambas escuelas tienen la misma disposición en la parte baja y la alta es común a las dos, estando formada por un salón que mide 39 metros de longitud por 14 de ancho, comunicándose por el sur con dos piezas de regular extensión que sirven de ante-salón y por el Norte con un saloncito.

El terreno lo compró el Gobierno, el 27 de Febrero de 1902, en la cantidad de \$ 10,000.00. La construcción fue dirigida por los señores Mackin y Dillon, mediante contrato por valor de \$ 88,230.80 más \$ 2,432.64 para obras de acabado. En consecuencia, el importe total del edificio fue de \$ 90,663.44. A fines de Mayo del mismo año de 1902 estaba ya en servicio.

Hace años que se le ha abandonado, y no obstante su magnífica construcción, presenta huellas palpables de deterioro que ameritan una rápida atención.

La Normal fue creada por decreto de 23 de Noviembre de 1879, estando hasta 1886 bajo la dependencia del Ayuntamiento de la Ciudad. En este año, siendo Gobernador del Estado el General Reyes, se hicieron algunas modificaciones al decreto respectivo y en 1889 fue reformada la Ley dándole mayor amplitud al plan de estudios.

El historial de la Escuela Normal es interesante, por sus Catedráticos de indiscutible mérito y porque se ha formado un verdadero ejército de Profesores, que han elevado el nivel intelectual de nuestro pueblo. En el año de 1899 fungió como Director el Ing. Don Miguel F. Martínez, y por esa época, tenían Cátedra los Profesores don Aristeo González Garza, don Serafín Peña, Dr. don Rafael Garza Cantú, don Arcadio Espinosa, don Pablo Lívar, don Joel Rocha, don Eulogio Flores y don Conrado Montemayor.

Pero aún cuando los estudios normales adquirieron importancia por 1886, muchos años antes ya se hacían ensayos sobre la materia. En 1829 el Ayuntamiento concedió a don Victoriano Sáenz Mercado, Director de la Aula Normal, pensión de \$ 12.00 mensuales para la enseñanza a seis niños del sistema Lancasteriano: ‘En consideración, decía Mercado, que debo comprar pizarras, nuevos testamentos, catecismos, papel, etc.’ La

comisión que dictaminó decía: 'Estos seis niños jóvenes que se dediquen con empeño por su Señoría a esta enseñanza mutua, no se ha de tener presente su fortuna, sea la que fuere; sino sus tamaños intelectuales y demás virtudes morales y civiles para que sirvan de un vivo ejemplo de los demás sus condiscípulos o discípulos que es el fin que debe imponerse esta corporación para la pública utilidad del Distrito y la general del Estado.'"

Sería prolijo entrar en mayores detalles, cuyo interés histórico es innegable; pero queda ello reservado a una obra extensa, que tiene ya realizada el Prof. Plinio D. Ordóñez.

Nos concretamos a lo esencial, y a ello corresponde anotar el derrumbe total del edificio y la erección de otro, más espacioso y funcional. A la entrada del moderno edificio existe una placa conmemorativa, develada por el Gral. don Bonifacio Salinas Leal, Gobernador Constitucional del Estado, que contiene en síntesis las transformaciones sufridas por el edificio:

"En este mismo sitio se levantó el edificio de las Escuelas Normales del Estado, puesto al servicio de la educación el día 22 de mayo de 1903.

Era Gobernador del Estado de Nuevo León, el C. General Bernardo Reyes y Directores de la Escuela Normal de Profesores, el C. Profesor Serafín Peña y de la Escuela Normal de Señoritas, el C. Profesor Pablo Liras.

Siendo Gobernador Constitucional del Estado de Nuevo León, el C. General Bonifacio Salinas Leal, se inició el derrumbe total de la vieja construcción el 4 de octubre de 1941, inaugurando este nuevo edificio para la Escuela Normal Miguel F. Martínez, el 4 de octubre de 1942.

Procede agregar que las ampliaciones hechas al edificio permitieron acomodar aulas para impartir instrucción primaria a más de mil niños y niñas, atendiendo al crecimiento incesante de la población escolar.

Principia otra página de nuestra historia. Parte de la época en que las Autoridades Civiles y Eclesiásticas discrepaban, más de la cuenta, en cuestión de interés social. Una de esas disensiones ocurrió con motivo de la erección de una nueva Catedral. Surge la evocación al detenernos en la esquina noreste de Juárez y Tapia.

Seguramente que el señor Obispo don Andrés de Llanos y Valdés, no se

imaginó que las obras destinadas a un fin piadoso servirían con el tiempo como trincheras para guerras intestinas e internacionales.

En el orden del relato decía yo:

"Puesta la primera piedra de la nueva Catedral el 26 de noviembre de 1794, por el Obispo don Andrés Ambrosio Llanos y Valdés, se continuaron las obras con todo empeño, invirtiendo el Obispo más de \$ 60,000.00, lo que indica la importancia que tales obras llegaron a tener. Por graves desavenencias habidas entre el Obispo y el Gobernador del Estado, don Simón Herrera y Leyva, se suspendieron los trabajos y el Obispo salió de Monterrey para no volver más.

La ruptura del Obispo y el Gobernador dio origen a mil percances que estuvieron a punto de provocar el cambio de la Sede Episcopal a Saltillo, como lo pedía el Obispo; pero activas gestiones del Gobernador, del Cabildo Municipal y de personas de arraigo en la ciudad, así como de las muy especiales que hizo Fray Servando Teresa de Mier, que a la sazón se encontraba en Madrid, dieron por resultado que el Rey de España resolviera a favor de Monterrey.

Comprendía el tramo destinado a la nueva Catedral, la manzana que circundan las calles de Juárez, Guerrero, General Tapia e Isaac Garza.

El 25 de Mayo de 1855 el Gobernador del Estado don Santiago Vidaurri, ordenó que se vendieran los materiales de las obras de la Catedral, que formaban la fortaleza, considerando inútil, y aún perjudicial para Monterrey, conservar lugares que eran aprovechados para depositar toda clase de inmundicias.

Años después se vendieron a particulares los solares de la manzana y casi se perdió todo vestigio de aquellas obras, hasta que, como queda dicho, el Gobierno del Estado reservó un pequeño lote como recuerdo de las andanzas guerreras de nuestros antepasados, que se cubrieron de gloria en defensa de la Patria".

Al transcurso de los años apenas si quedó, de toda aquella arquitectura empleada como fortaleza, un solar de reducidas dimensiones, que en 1940 se transformó en una modesta plazoleta, adornada con varios cañones de los que tuvieron la gloria de defender en ese mismo lugar el honor nacional, en contra de los invasores norteamericanos, por el año de 1847.

Durante la administración Municipal del Lic. don Leopoldo González Sáenz, aquel pequeño predio se convirtió en Biblioteca Pública y nervio motor de toda clase de promociones culturales.

Hacia el norte, un siglo atrás, el campo ofrecía los matices verde cre-

mas del maíz, la cebada, el trigo, y algunos manchones de frondosos nogales y aguacates.

En 1842 el Ayuntamiento encomendó al agrimensor don Guillermo S. Still, el levantamiento de un plano del repueblo norte, siguiendo los puntos de referencia trazados años antes por el Ing. Juan Crouset, el mismo que levantó los muros de la nueva Catedral.

Para el mes de agosto de ese año el señor Still decía al Ayuntamiento: "que está concluido el plano que contiene 532 manzanas incluso las plazuelas, siendo 159 manzanas más que las que contraté hacer y cuyas 159 todavía no están delineadas".

Arrancan de entonces las obras materiales para cuadricular el espacioso terreno, mediante calles, que más propiamente podían llamarse carreteras, anotando en favor de las Autoridades su visión al trazarlas de gran amplitud.

Es hasta principios de este siglo que la tierra laborable se fuera convirtiendo en residencial, y una de las calles que más rápidamente se urbanizó fue la de Juárez.

Ahora, extendiendo la vista del lugar en que nos hemos detenido, contemplamos al norte una sucesión de importantes casas comerciales, entre las que se destacan las indicadas especialmente a la venta de refacciones automotrices.

De las más antiguas puede mencionarse las de los hermanos Chapa: Ricardo, José y Andrés, cuyo esfuerzo excepcional constituye un ejemplo de capacidad, perseverancia y éxito. Cerca de 50 años de titánica lucha, les permite ahora delegar responsabilidades en sus hijos de preparación universitaria, quienes, por ley natural, gobernarán la embarcación asumiendo el mando total, cuando el tiempo, que nada respeta, cumpla su misión.

Entre tanto, la calle Juárez atraviesa la Av. Madero, sobrepasa la calle de Colón, y como punta de lanza se introduce rectamente en colonias proletarias, en donde todavía el progreso no impone los servicios necesarios de salubridad y buen vivir, para morir en la calle Anaya.

Cerramos este sencillo relato haciendo votos por que la ampliación de Juárez no tenga parecido alguno con aquella frase que se escuchaba con frecuencia al iniciarse el siglo actual: ¡Quién verá concluir el Templo del Roble!

UN CAPÍTULO DESCONOCIDO DE LA OBRA DE DON FERNANDO SÁNCHEZ DE ZAMORA

EUGENIO DEL HOVO
Instituto Tecnológico de Monterrey

EL GENERAL DON FERNANDO SÁNCHEZ DE ZAMORA, don Alonso de León y Juan Bautista Chapa, forman la tríada de historiadores del Nuevo Reino de León en el siglo XVII; sus obras formando un solo cuerpo fueron publicadas por primera vez en 1909 por don Genaro García en el tomo XXV de sus *Documentos inéditos o muy raros para la historia de México*, con el título de *Historia de Nuevo León con noticias sobre Coahuila, Tejas y Nuevo México por el capitán Alonso de León, un autor anónimo (Juan Bautista Chapa) y el General Fernando Sánchez de Zamora*. Esta edición se hizo de un volumen manuscrito, hoy perdido, de la rica biblioteca del canónigo don Vicente de P. Andrade. Recientemente, en julio de 1961, salió a luz la segunda edición magníficamente realizada por el joven y erudito historiador regiomontano Israel Cavazos Garza y patrocinada por el Centro de Estudios Humanísticos de la Universidad de Nuevo León.

Casi nada sabemos de la vida de don Fernando Sánchez de Zamora antes de su entrada al Nuevo Reino de León en octubre de 1639; se sabe que fue vecino y minero en San Luis Potosí, que era sobrino de Fray Juan Caballero y no de don Martín de Zavala como yo mismo dije erróneamente en otro trabajo; pero, para no extender inútilmente esta nota biográfica, remitimos al lector al erudito y ágil *Estudio preliminar* escrito por Israel Cavazos Garza para la segunda edición de la *Historia de Nuevo León con noticias sobre Coahuila, Tamaulipas, Texas y Nuevo México, etc.*, que atrás mencionamos; donde encontrará toda lo que se sabe hasta ahora sobre la vida y la personalidad de nuestro autor.

El General don Fernando Sánchez de Zamora escribió unos "apuntamientos" históricos con el título de *Descubrimiento del Río Blanco y conversión de sus naturales, hecha por los Religiosos de Nuestro Seráfico Padre San Francisco*,